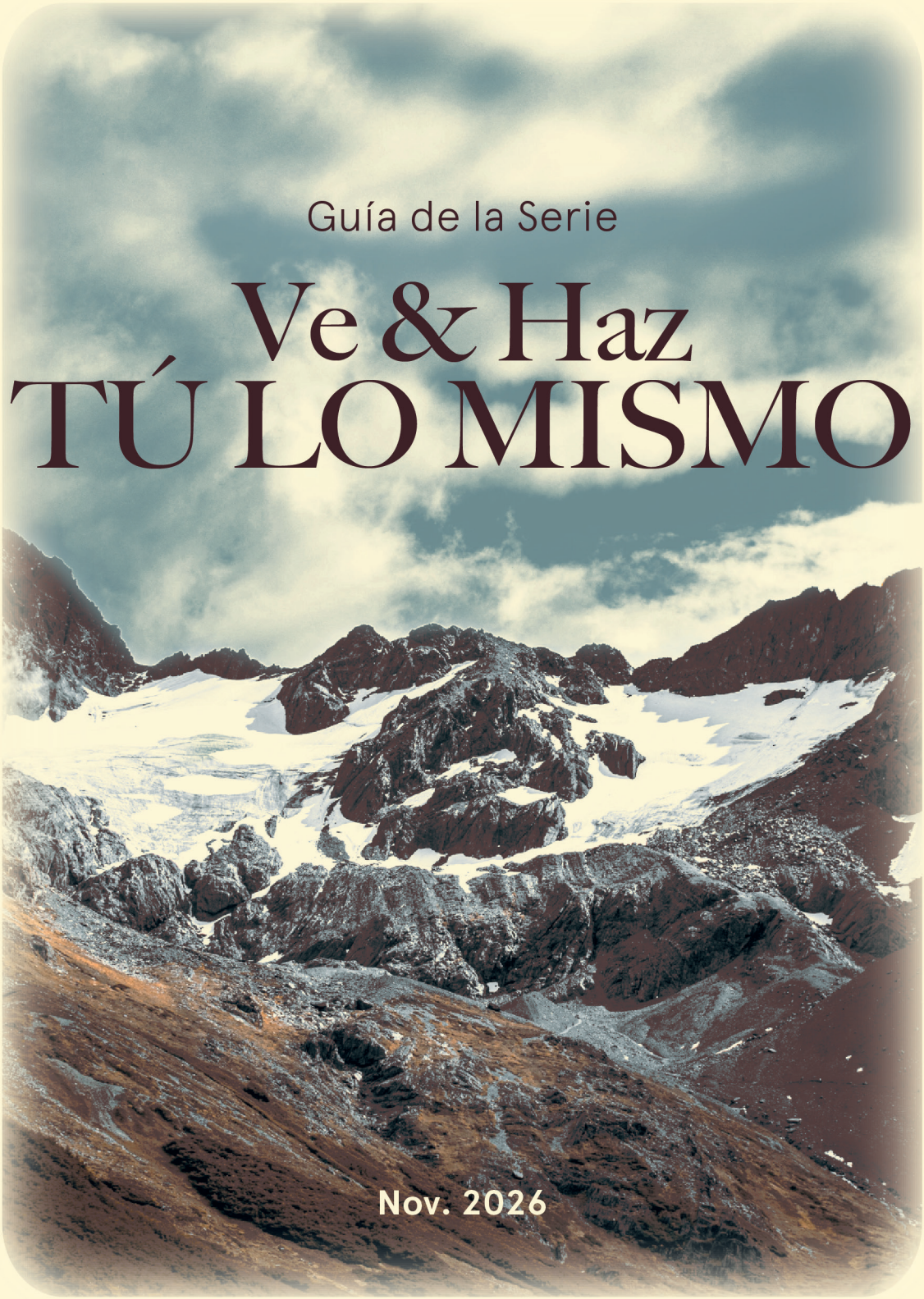
Guía de la Serie

Ve & Haz
TÚ LO MISMO



Nov. 2026

Semana 1:

VE LO QUE OTROS PASAN POR ALTO

Lunes	La Compasión Comienza en el Corazón	1
Martes	Un Corazón Que Ve	3
Miércoles	Amando con Su Amor	6
Jueves	Recíbelo Para Ti Mismo	8
Viernes	Camina Despacio Entre las Multitudes	11
Sábado	La Compasión es el Camino Hacia lo Milagroso	14



Lunes

LA COMPASIÓN COMIENZA EN EL CORAZÓN

Escritura

"Entonces pasó un samaritano despreciado y, cuando vio al hombre, sintió compasión por él."
— Lucas 10:33 (NTV)

Devocional

Este mes nos enfocamos en la historia del Buen Samaritano. Jesús contó esta parábola para enseñarnos lecciones valiosas. A través de estos devocionales, esperamos resaltar algunas de las verdades que Jesús estaba revelando en esta historia.

Recuerdo estar en la iglesia de niños cuando era pequeña y escuchar esta historia. Me sorprendía que la gente pudiera pasar junto a un hombre que había sido dejado medio muerto y no hacer nada para ayudarlo. Siempre me conmovía cuando llegábamos al final de la historia: que el Buen Samaritano se detuvo por él, le salvó la vida y lo llevó a una posada donde pudiera recibir el cuidado que necesitaba.

A menudo me he preguntado qué hizo que el Buen Samaritano se detuviera mientras los demás pasaban de largo. ¿Estaban ocupados y simplemente no tenían tiempo? ¿Estaban teniendo un mal día y no podían soportar ayudar a alguien más que estaba sufriendo? Esas cosas pueden haber sido ciertas, pero creo que el Señor nos estaba mostrando algo mucho más profundo. Creo que estaba revelando la diferencia en la condición del corazón de estos hombres.

La palabra compasión describe el lugar profundo de nuestros corazones donde residen nuestros afectos. También puede definirse como "tiernas misericordias". La compasión fue la respuesta profunda que tuvo el Buen Samaritano cuando vio al hombre herido. Pero nota que la historia menciona a otras dos personas que también lo vieron, y sin embargo no se menciona compasión alguna.

Cuando entregamos nuestras vidas a Cristo, recibimos un nuevo corazón. Dios tomó nuestros corazones de piedra y nos dio corazones de carne (Ezequiel 36:26). ¿Qué significa eso? Un corazón de carne puede sentir; un corazón de piedra no puede. Un corazón de carne puede ser tocado. Un corazón de piedra puede pasar junto a personas heridas sin preocuparse ni conmoverse.

Aunque hemos recibido un nuevo corazón de carne, ahora tenemos la responsabilidad de guardarlo. Proverbios 4:23 nos dice: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida." No algunos asuntos—todos. Si no vigilamos nuestros corazones, hay cosas que pueden endurecerlos y hacer que dejemos de sentir.

Hace años, comencé a aprender a tocar la guitarra acústica. Estaba tan emocionada por aprender mis canciones favoritas y practicar nuevos acordes. Algo que no esperaba era cuán sensibles serían mis dedos a las cuerdas de la guitarra. Sentía cada parte de ellas. No podía negar la sensibilidad. Pero pronto aprendí que mientras más tocas, más desarrollas algo llamado callos. Un callo es un parche de piel gruesa y endurecida causado por fricción o presión repetida.

¿No es así como puede ser la vida a veces?

Nuestros corazones comienzan tan amorosos, tan tiernos y tan llenos de misericordia. Luego una ofensa nos golpea de repente. Un familiar nos traiciona y nunca lo vimos venir. Alguien nos hiere profundamente. Si no tenemos cuidado, esas heridas repetidas pueden crear callos en nuestros corazones. Con el tiempo, lo que antes era tierno se vuelve endurecido.

La buena noticia es que no eres impotente ante la condición de tu corazón. Como dice Proverbios 4:23, puedes guardarlo. No siempre puedes elegir lo que te sucede, pero sí puedes elegir cómo respondes a lo que te sucede. En esa respuesta, puedes elegir misericordia. Puedes elegir amor. Puedes elegir ternura.

A medida que lo haces, te volverás como el Buen Samaritano. Cuando veas a alguien en necesidad, tu corazón se moverá con compasión.

Reflexión

¿Hay áreas de mi vida donde mi corazón se ha endurecido?

Oración

Señor Jesús, hoy te entrego nuevamente mi corazón. Quiero ser tierno y compasivo hacia quienes me rodean. Suelto cada herida, cada dolor y cada raíz de amargura que he estado guardando. Elijo hacer lo que Tú hiciste: orar por mis enemigos y negarme a endurecer mi corazón. Gracias porque hoy mi corazón se suaviza una vez más, lo suficiente para escuchar Tu voz y seguir Tu dirección. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Pídele al Espíritu Santo que te revele cualquier área de tu vida donde Él quiera suavizar tu corazón. Anímate: Él no está enojado contigo. Él es tu Ayudador siempre presente y se deleita en restaurar corazones completamente rendidos a Él.
- Lee Proverbios 4:20–23.

Martes

UN CORAZÓN QUE VE

Escritura

"Mi oración es que los ojos de su corazón sean iluminados, para que sepan cuál es la esperanza de Su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos."
— Efesios 1:18 (NBLA)

Devocional

Hace años, mi mamá y yo hicimos un viaje a la playa. El agua estaba hermosa, y hasta fuimos en un crucero para ver delfines donde pudimos verlos de cerca. Fue un viaje maravilloso, y mientras nos preparábamos para irnos, decidimos terminarlo con Dippin' Dots. Después de todo, ¿qué vacaciones están completas sin helado?

Mientras caminaba hacia el mostrador para ordenar mi helado, el joven detrás del mostrador llamó mi atención. Nunca lo había visto antes, pero de repente la compasión se levantó dentro de mí. Noté algo en él—o podrías decir que vi algo en él—pero no con mis ojos naturales. Parecía

triste, cargado de alguna manera, como si estuviera llevando un peso muy pesado.

¿Sabías que tu corazón tiene ojos?

En Efesios 1:18, Pablo oró para que los ojos del corazón de los creyentes fueran iluminados, para que pudieran conocer y entender la esperanza a la que Dios los había llamado.

Me encantaría decirte que fui valiente y caminé hacia él con valentía, pero la verdad es que estaba tan nerviosa que no dije ni una palabra. Simplemente tomé mi helado y regresé al carro.

Mientras me sentaba allí, me di cuenta de que estábamos a punto de manejar cuatro horas y media de regreso a casa, y lo más probable es que nunca volvería a ver a este joven. Le dije a mi mamá: "Siento que el Señor quiere que le diga algo."

Ella me miró y dijo: "Si no vuelves a entrar, vas a pensar en eso todo el camino a casa."

Sabía que tenía razón.

Así que le pedí ayuda al Señor y caminé de regreso a la tienda. Ojalá pudiera decirte que inmediatamente caminé hacia el mostrador, pero me acobardé otra vez y me escondí en el baño por un minuto. Luego la fuerza de Dios se levantó en mí, y finalmente caminé hacia él.

Simplemente lo miré y le dije: "No sé si crees en Dios, pero realmente sentí que el Señor quería que te dijera que Él te ama."

Ojalá pudiera explicar completamente lo que pasó después.

Fue como si un peso se levantara de él—no con mis ojos físicos, sino con los ojos de mi corazón. Para mí, parecía que había estado cargando depresión o algún tipo de pesadez. ¿Cómo podría haber sabido eso? No podía. Pero el Señor sí.

Sus ojos parecían más brillantes. Me miró y simplemente dijo: "Gracias."

Hablamos solo unos momentos después de eso, pero nunca he olvidado ese encuentro.

Pienso en ello a menudo. ¿Qué hubiera pasado si me hubiera ido sin hablarle? Sé que Dios no habría estado enojado conmigo, pero habría

perdido una oportunidad ordenada por Dios para animar a alguien. Cuando tu corazón está tierno, se convierte en el lugar perfecto para que Dios obre a través de ti.

Así como no puedes plantar un jardín hasta que la tierra haya sido arada primero, es difícil que Dios capte nuestra atención cuando el terreno de nuestro corazón se ha endurecido. Pero oh, los milagros que Él puede lograr a través de alguien con un corazón tierno.

Cuando tu corazón está tierno, tus ojos espirituales se abren para ver a los que están sufriendo. Comenzarás a notar a los heridos. Te detendrás por las personas que antes habrías pasado sin siquiera darte cuenta.

Así como el Buen Samaritano se detuvo cuando todos los demás pasaron de largo al hombre golpeado, tú comenzarás a detenerte por las personas que otros pasan por alto. Tu corazón comenzará a ver más claramente la esperanza de tu propio llamado, y comenzarás a ayudar a otros a descubrir el suyo también.

Qué aventuras tan maravillosas te esperan cuando caminas por la vida con un corazón tierno y ojos abiertos. Comenzarás a ver a las personas como el Padre las ve, sentir lo que el Padre siente por ellas y amarlas como el Padre las ama.

Eso es lo que significa ver con visión espiritual.

Reflexión

¿Cómo puedo ser más consciente de las personas a mi alrededor y más sensible a lo que Dios quiere decirles a través de mi vida?

Oración

Dios, quiero amar a las personas como Tú las amas. Quiero ver a las personas como Tú las ves. Gracias por darme una vista renovada. Renueva mi corazón hacia Tus hijos. Ayúdame a amar con brazos abiertos como Tú lo haces, para que cuando las personas miren mis ojos, vean a Jesús. Enséñame a rendirme más plenamente a Tu amor para que puedas obrar a través de mí como deseas. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Escucha **"For the One"** de Jenn Johnson.
- Lee **1, 2 y 3 Juan**.

Miércoles

AMANDO CON SU AMOR

Escritura

"Y esta esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado."

— Romanos 5:5 (NBLA)

Devocional

Imagina esto: Un familiar perdido hace mucho tiempo deja tu nombre en su testamento. En ese testamento, te deja un millón de dólares y te nombra beneficiario total de su herencia. Solo hay un problema: nunca lees el testamento.

La herencia es tuya. Tu nombre está allí. Fue dejada específicamente para ti. Pero como no sabes lo que se te ha otorgado, nunca caminas en los beneficios de ello.

El Señor me ayudó a ver, amorosamente, que así es como muchos de nosotros vivimos espiritualmente. Jesús murió por nosotros y nos hizo beneficiarios de todo lo que Él logró a través de Su victoria. Pero si no sabemos lo que se nos ha dado, ¿cómo podemos caminar en ello?

Uno de los mayores regalos que el Señor nos ha dado es Su amor—Su propio amor. El amor de Dios es tan único y poderoso que la Escritura usa la palabra *ágape* para describirlo.

Hay cuatro tipos de amor que se mencionan a menudo. *Eros* es amor romántico. *Philia/Fileo* es amor leal, fraternal. *Storge* es amor familiar. Y luego está ágape—el amor de Dios. Es desinteresado, tierno y siempre busca el bien de los demás por encima de sí mismo.

La parte hermosa es que Romanos 5:5 nos dice que este amor exacto ha sido derramado abundantemente en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Dios ya nos ha dado acceso a Su amor.

Para ser honesta, creo que aquí es donde muchos de nosotros nos hemos perdido. Escuchamos el mandamiento de Dios de amar, y tratamos de

usar nuestro propio amor humano para amar a los demás. Intentamos reunir suficiente fuerza para "hacerlo mejor" y "ser mejores", en lugar de simplemente rendirnos a lo que el Espíritu Santo ya ha puesto dentro de nosotros.

Hemos recibido un nuevo corazón, y tenemos la capacidad de amar a otros con el mismo amor de Dios.

Cuando comienzas a meditar en lo que ya se te ha dado en Cristo, comienzas a caminar en ello con más libertad. Igual que con la herencia del testamento: si intentaras ganar ese millón de dólares y adquirir la propiedad por tu cuenta, sería imposible. Pero si ya se te ha dado, tu respuesta cambia. No luchas por ello—lo recibes.

Así es el amor de Dios.

Si has hecho a Jesús el Señor de tu vida, Su amor ha sido derramado en tu corazón. ¿Siempre *sientes* ese amor? No. Pero los sentimientos no siempre reflejan la verdad.

El hecho de que no sientas el amor de Dios no significa que no lo tengas. La Palabra de Dios es verdad, y Romanos 5:5 nos dice que Su amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Entonces, ¿cómo caminamos en ese amor?

Se vuelve más fácil acceder a algo cuando sabemos que ya está disponible para nosotros. Leer Escrituras sobre el amor de Dios nos ayuda a entender lo que Él nos ha dado. A medida que pasamos tiempo con Él y nos rendimos al Espíritu Santo, nos volvemos más conscientes de Su amor fluyendo a través de nosotros. Orar en el Espíritu también ayuda a avivar ese amor.

En lugar de esforzarte más, oro para que comiences a rendirte más a lo que ya es tuyo. No será por tu fuerza ni por tu poder, sino por Su Espíritu dentro de ti (Zacarías 4:6).

Así que hoy, ríndete a Su amor y permite que Su amor fluya a través de ti hacia el mundo que te rodea.

Reflexión

¿Cómo puedo rendirme más al amor de Dios que ya ha sido derramado en mi corazón?

Oración

Padre, abre mis ojos para ver lo que ya ha sido puesto a mi disposición a través del sacrificio de Jesús. No más esfuerzo, solo entrega. No más tensión, solo fluir. No más estrés, solo descanso. Enséñame a vivir desde mi espíritu y permite que Tu amor fluya a través de mí más que nunca. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee 1, 2 y 3 Juan.

Jueves

RECÍBELO PARA TI MISMO

Escritura

"Nosotros amamos, porque Él nos amó primero."
— 1 Juan 4:19 (NBLA)

Devocional

Como hablamos ayer, imagina un familiar perdido hace mucho tiempo que te dejó una herencia en su testamento. Si nunca supieras de ella, sería difícil caminar en los beneficios de algo que ya estaba disponible para ti.

Pero considera esto desde otra perspectiva: si no conocieras personalmente a ese familiar, podría tomarte tiempo confiar en que lo que dijo era verdad. Podrías tener la herencia, pero sin una relación, sería difícil recibirla plenamente.

De una manera similar, Dios desea profundamente que amemos a los demás, pero Su corazón también anhela que personalmente conozcamos y recibamos el amor que Él tiene por nosotros.

Una de las Escrituras que a menudo oro sobre mi vida se encuentra en Efesios 3:19 (Biblia Amplificada):

"Que puedan llegar a conocer realmente [prácticamente, por experiencia propia] el amor de Cristo, que sobrepasa el mero conocimiento [sin experiencia]; para que sean llenos [en todo su ser] hasta toda la plenitud de Dios [tengan la más rica medida de la Presencia divina y se conviertan en un cuerpo completamente lleno y saturado de Dios mismo]."

La razón por la que primero sentí el llamado al ministerio fue que, alrededor de los 12 años, tuve un encuentro muy real y tangible con el amor de Dios. Ese momento lo cambió todo para mí, y honestamente puedo decir que nunca he sido la misma desde entonces.

Ese encuentro alimentó mi pasión por el Señor durante muchos años, y aún pienso en ese momento con frecuencia. Pero lo que no me daba cuenta era que necesitaba mantener mi corazón continuamente refrescado por Su amor. Necesitaba meditar continuamente en Su amor por mí.

Hago esto pasando tiempo en la Escritura, pero no quiero simplemente leer palabras en una página. Le pido al Espíritu Santo que abra los ojos de mi corazón para que pueda ver verdaderamente Su amor—no solo saber acerca de Él, sino experimentar su realidad por mí misma.

Con el tiempo, comencé a darme tanto a los demás, lo cual es algo hermoso, pero no estaba siendo renovada al mismo ritmo en que estaba dando.

Comencé a notar que mi corazón se sentía distante. Distante hacia Dios y distante hacia Su pueblo. Me estaba volviendo complaciente—no rechazándolo intencionalmente, pero ya no persiguiéndolo profundamente como antes. Todavía lo amaba, pero la vida había dejado su marca.

Gracias a Dios por Su bondad que continuamente nos atrae de vuelta a Su corazón.

Una noche, mientras estaba sentada en un servicio, el Señor me recordó Apocalipsis 2:4:

"Pero tengo esto contra ti: que has dejado tu primer amor [has perdido la profundidad de amor que primero tenías por Mí]."

Esto fue Jesús hablando a la iglesia de Éfeso. Él reconoció todo lo que estaban haciendo por Él. Habían perseverado, soportado dificultades y permanecido fieles a Su nombre. Pero Jesús estaba mirando más profundo. Estaba mirando la condición de sus corazones.

Habían perdido la profundidad de amor que una vez llevaban.

Me encanta que incluso cuando Jesús nos corrige, lo hace con tanta amabilidad. Su respuesta hacia ellos no fue condenación, sino una invitación a regresar:

"Recuerda, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete [cambia tu interior—tu antigua manera de pensar, tu comportamiento pecaminoso—busca la voluntad de Dios] y haz las obras que hacías al principio **[cuando primero Me conociste]**." Apocalipsis 2:5 (Traducción de la Biblia Amplificada en Inglés)

"Cuando primero Me conociste."

Qué recordatorio tan poderoso.

Conocer a Jesús es lo que alimentó su amor por Él, y conocer a Jesús es también lo que alimenta nuestro amor por los demás. Cuando realmente conocemos a Jesús—no solo sabemos acerca de Él—cambia la manera en que amamos.

¿Sabías que Dios no quiere que seguir Sus mandamientos se sienta como una carga (1 Juan 5:3)? Él desea que la obediencia se convierta en un deleite. Hemos recibido un nuevo corazón, y ese corazón anhela seguir Su voluntad.

Así que, si te has encontrado luchando para caminar en amor, o luchando para mostrar el fruto del Espíritu, la respuesta no es simplemente esforzarte más. La respuesta es pasar tiempo en la presencia de Jesús.

Conocerlo es lo que hace que tu corazón vuelva a arder.

Me encanta Lucas 24:32. Jesús había resucitado de entre los muertos, pero Su identidad aún estaba oculta de Sus discípulos. Caminaban y hablaban con Él, pero aún no lo reconocían. Una vez que sus ojos fueron abiertos, su respuesta fue:

"¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras Él nos hablaba en el camino y nos abría y explicaba las Escrituras?"

Conocer a Jesús. Caminar y hablar con Él. Experimentar Su presencia. Estas son las cosas que hacen que nuestros corazones ardan por Él y por los demás. No hay nada como Su presencia, y no hay nadie ni nada que pueda satisfacer verdaderamente nuestros corazones excepto Él.

Seguirlo nunca fue destinado a ser una carga.

Siempre fue destinado a ser una vida que arde con amor por Él.

Reflexión

¿Cómo puedo recibir más de Su amor esta semana?

Oración

Señor, quiero amar al mundo que me rodea como Tú lo haces. Pero también quiero conocer las profundidades del amor que Tú tienes por mí. Abre los ojos de mi corazón para que pueda ver Tu amor y experimentar las maravillosas profundidades de cuán vasto es. Ayúdame a conocerte más, para que mi corazón arda con pasión por Ti todos los días de mi vida. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Escucha **"Closer"** (Más cerca) de Bethel.
- Lee **Juan 15**.
- Lee **1, 2 y 3 Juan**.

Viernes

CAMINA DESPACIO ENTRE LAS MULTITUDES

Escritura

"Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor."
— Mateo 9:36 (NVI)

Devocional

Hace años, estaba leyendo un libro de liderazgo y una frase se destacó para mí de una manera que nunca he olvidado. John Maxwell dijo: **"Camina despacio entre las multitudes."**

Profundizando en ese pensamiento, él nos recordaba que es fácil quedar tan consumidos por nuestras responsabilidades, horarios y vidas diarias que olvidamos que estamos rodeados de personas que están sufriendo. A Dios le importa todo lo que tenemos que lograr, pero también suele invitarnos a reducir la velocidad y notar a las personas que Él pone en nuestro camino.

Jesús es nuestro mayor ejemplo de esto.

En Mateo 9:36 dice: "Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas."

Él las vio.

Realmente las vio.

¿Y sabías que Él también te ve a ti?

Jesús anhela tener comunión contigo, pasar tiempo contigo y caminar contigo en cada temporada de tu vida. Él desea sanar las heridas que llevas, y luego desea mostrarte cómo ayudar a traer esa misma libertad y sanidad a otros.

Cuando Jesús miró a la multitud, Su corazón se movió con compasión. Sus ojos eran puros y Su corazón estaba lleno de amor. Él vio lo que el Padre veía. Vio personas que estaban heridas, cansadas y necesitadas de un Pastor.

Él vio porque se tomó el tiempo de caminar despacio entre la multitud.

Nunca estuvo tan ocupado que pasara por alto los clamores del corazón de quienes lo rodeaban. Incluso con las multitudes que venían a Él cada día, Jesús aún veía a cada persona individualmente. Le importaban sus historias. Le importaban sus vidas. Le importaban sus corazones.

Y a Él también le importa el tuyo.

Le importa lo suficiente como para sentarse contigo, escuchar tu historia y guiarte hacia la sanidad.

Cuando caminas con alguien, le demuestras que te importa. Jesús caminó con Sus discípulos durante tres años. Comió con ellos, rió con ellos, les enseñó y ministró a ellos. Les dio Su tiempo porque ellos le importaban.

Jesús nunca estuvo demasiado ocupado para amar a otros.

Y como Salvador del mundo, Su agenda ciertamente estaba llena. Sin embargo, de alguna manera, siempre hacía espacio para las personas.

A veces tendremos que dejar a un lado nuestros propios planes y agendas, pero la agenda de Dios siempre es mejor. Aprende a estar quieto y a escuchar al Espíritu Santo. Pregúntale dónde te está guiando a reducir la velocidad.

No podemos amar a todos a la vez, pero con la ayuda del Espíritu Santo, Él nos mostrará a quién ha puesto frente a nosotros en esta temporada.

Así que hoy, elijamos caminar despacio entre las multitudes.

Reflexión

¿En qué áreas de mi vida he estado moviéndome demasiado rápido? ¿Cómo puedo reducir la velocidad y amar a otros de manera más intencional?

Oración

Padre, ayúdame a reducir la velocidad y escucharte antes de moverme. Ayúdame a ver a las personas y no simplemente pasar junto a ellas. Enséñame a escuchar Tu voz, incluso en mis conversaciones con otros, para que pueda reconocer lo que Tú quieres decir a través de mí. Dame la valentía para responder cuando Tú me guíes a animar a alguien. Ayúdame a caminar despacio entre las multitudes. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee **Marcos 1:41 (NTV)**.

Sábado

LA COMPASIÓN ES EL CAMINO HACIA LO MILAGROSO

Escritura

"Y vino a Él un leproso, rogándole y poniéndose de rodillas delante de Él, diciendo: 'Si quieres, puedes limpiarme.' Movido por compasión [por su sufrimiento], Jesús extendió la mano y lo tocó, y le dijo: 'Quiero; sé limpio.' Al instante la lepra lo dejó y quedó limpio [completamente sanado y restaurado a la salud]."
— Marcos 1:40–42 (Biblia Amplificada)

Devocional

Hace años, durante una reunión de staff, el Pastor Joel oró una frase que se ha quedado conmigo por más de una década. Él dijo: **"La compasión es el camino hacia lo milagroso. Jesús fue movido por compasión, y los milagros siguieron a la compasión."**

Un camino provee una ruta. Conecta un punto con otro y guía un proceso.

En el corazón de por qué Jesús realizó milagros estaba el amor. Juan 3:16 nos dice: *"Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio..."*

Recuerdo estar enferma cuando era niña y ver a mi papá poner su mano sobre mi cabeza, orando y ordenando que la enfermedad se fuera en el nombre de Jesús. Recuerdo que me decía que si él pudiera tomar esa enfermedad en mi lugar, preferiría ser él quien estuviera enfermo. Su amor por mí era tan grande que estaría dispuesto a cargar mi dolor si pudiera.

Eso es solo un vistazo del amor que Jesús tiene por nosotros.

Jesús te amó tanto que entregó Su propia vida por ti. Fue herido para que tú pudieras ser sanado. Soportó sufrimiento para que tú pudieras caminar en libertad. Cargó el peso del pecado, la enfermedad y la ruptura por Su gran amor hacia ti.

¿Y por qué lo hizo?

Todo por amor.

Su amor por ti.

Su compasión se convirtió en el camino que abrió la puerta para que lo milagroso se manifestara en la vida de las personas. Jesús no estaba contento con dejar a la gente atrapada en su dolor. Él abrió un camino para que experimentaran libertad, sanidad y restauración.

En Marcos 1:40, un hombre con lepra vino a Jesús, rogándole por sanidad. Le dijo: *"Si quieres, puedes limpiarme."*

Luego la Escritura nos dice que Jesús fue movido por compasión **"por su sufrimiento."**

La enfermedad y el sufrimiento no eran cosas que Jesús miraba con indiferencia. Movían Su corazón.

La traducción NVI dice que Jesús estaba "indignado." La palabra indignado significa sentir o mostrar enojo porque algo es injusto, incorrecto o malo.

¿Estaba Jesús enojado con el hombre?

No.

Él estaba movido por una ira justa hacia la enfermedad y el sufrimiento que habían traído dolor a la vida de este hombre.

Jesús nos ama demasiado como para estar contento viendo que permanezcamos atados, quebrantados o heridos. Su compasión lo movió hacia la cruz, donde abrió un camino para que experimentáramos nueva vida, libertad del pecado y restauración en Él.

A medida que pasas tiempo con Jesús y descubres más de Su corazón hacia ti, esa misma compasión comenzará a levantarse dentro de ti por otros. Tu corazón será movido a la acción. Comenzarás a ver a las personas como Él las ve y a amarlas como Él las ama.

Su compasión se convierte en el camino para que lo milagroso entre en la vida de las personas.

Reflexión

¿A quién tienes en tu vida por quien sientes una gran compasión? Pregunta al Señor qué quiere que hagas por esa persona.

Oración

Señor, ayúdame a ser un vaso de Tu compasión para un mundo perdido y herido. Que Tu compasión fluya a través de mí tan poderosamente que señales, maravillas y milagros sigan mi vida. Que Tu amor y misericordia se derramen de mí y traigan sanidad, esperanza y libertad a quienes lo necesitan. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Escucha **"All for Love"** de Hillsong.

Domingo

NOTAS DEL SERMÓN

Semana 2:

COMPASIÓN QUE SE MUEVE

Lunes	La Compasión Comienza con Ver	21
Martes	La Compasión Interrumpe la Conveniencia	23
Miércoles	La Compasión se Acerca	25
Jueves	La Compasión Da Lo Que Tiene	27
Viernes	La Compasión Crea Lugares de Restauración	30
Sábado	Ve y Haz Tú lo Mismo	32



Lunes

LA COMPASIÓN COMIENZA CON VER

Escritura

Jesús respondió: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y se encontró con unos ladrones, quienes lo despojaron de su ropa [y pertenencias], lo golpearon y se fueron [sin preocuparse], dejándolo medio muerto. Por coincidencia, un sacerdote bajaba por ese camino, y cuando lo vio, pasó de largo por el otro lado. De igual manera, un levita llegó al lugar, lo vio y pasó de largo por el otro lado [del camino]. Pero un samaritano (extranjero), que viajaba, llegó donde estaba; y cuando lo vio, se conmovió profundamente con compasión [por él]..."

— Lucas 10:30–33 (Biblia Amplificada)

Devocional

Hace poco estuve en un viaje donde parecía que todos se conocían entre sí — menos yo. Era un lugar familiar, pero uno que cargaba memorias que nunca había procesado por completo. Sin darme cuenta, había guardado esas emociones, esperando que permanecieran enterradas. Pero a veces Dios nos lleva de regreso a ciertos lugares no para reabrir heridas, sino para traer sanidad.

Mientras avanzaba la semana, me encontré orando una oración simple y honesta: *Espíritu Santo, ¿me ves?*

Quizás tú también has orado algo así. No porque dudabas de Dios, sino porque te sentías pasado por alto. Olvidado. Como si todos pertenecieran, mientras tú permanecías en la orilla, mirando hacia adentro.

Al final de la semana, no solo sabía la respuesta — la había experimentado.

Él es **El Roi**, el Dios que ve.

A lo largo de la Escritura, Dios siempre ha estado atento a los olvidados. Él vio a Agar en el desierto. Vio a la mujer samaritana en el pozo. Jesús vio a las multitudes, a los ciegos, a los que lloraban, y a los olvidados. Nuestro

Dios nunca está demasiado ocupado ni demasiado distraído para notar a Sus hijos.

Lo notable es que muchas veces Él elige recordarnos que somos vistos a través de la compasión de Su pueblo.

Al mirar atrás en la semana, me di cuenta de que algo hermoso había sucedido. Varias personas se detuvieron lo suficiente como para ver cómo estaba. Me preguntaron cómo me sentía. Oraron conmigo. Se sentaron conmigo. Quizás no conocían toda mi historia, pero notaron algo debajo de la superficie y eligieron no seguir caminando.

Vieron, y se detuvieron.

Eso es exactamente lo que encontramos en nuestro pasaje clave. El sacerdote vio al hombre herido. El levita vio al hombre herido. El samaritano también lo vio. La diferencia no fue su vista; fue su respuesta. El samaritano permitió que lo que vio moviera su corazón, y su compasión se convirtió en acción.

¿Qué tan seguido vemos personas sin realmente verlas? Pasamos junto a compañeros de trabajo, vecinos, miembros de la iglesia e incluso familiares que cargan pesos de los que no sabemos nada. Podemos estar tan enfocados en nuestras agendas, responsabilidades o destinos que perdemos de vista a las personas que Dios ha puesto directamente en nuestro camino.

La compasión comienza cuando permitimos que Dios abra nuestros ojos para ver a las personas en lugar de apresurarnos a pasar junto a ellas. Hoy, pídele al Espíritu Santo que te dé ojos que vean más allá de las apariencias. Quizás nunca conozcas toda la historia de alguien, pero no necesitas saber cada detalle. Ahí es donde comienza la compasión — viendo.

El mismo Dios que te ve a ti te invita a convertirte en alguien que ayuda a otros a sentirse vistos.

Reflexión

¿Hay alguien a quien he pasado por alto y necesito ver como el samaritano vio al hombre herido y como Dios nos ve a nosotros?

Oración

Jesús, gracias por verme y amarme tan completamente. Abre mis ojos para ver verdaderamente a las personas que pones frente a mí, y dame un corazón que se mueva con compasión. Ayúdame a desacelerar, detenerme y amar a otros como Tú me has amado a mí. Amén.

Profundiza

- Lee Génesis 16:13
- Lee Juan 4:5–40
- Lee Mateo 9:35–38

Martes

LA COMPASIÓN INTERRUMPE LA CONVENIENCIA

Escritura

"Pero un samaritano (extranjero), que viajaba, llegó donde estaba; y cuando lo vio, se conmovió profundamente con compasión [por él], y se acercó, vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas [para suavizar y desinfectar las lesiones]..."
— Lucas 10:33–34 (Biblia Amplificada)

Devocional

Ayer leímos que ver es donde comienza la compasión. El sacerdote vio, el levita vio, y el samaritano vio — *y se detuvo*.

La compasión comienza con ver, pero no termina ahí. Antes de que el samaritano diera su dinero, dio algo más. Dio su tiempo, su atención, su comodidad y su energía. El amor en acción casi siempre nos cuesta algo. Requiere que desaceleremos, hagamos espacio y estemos dispuestos a permitir que nuestros planes sean interrumpidos.

¿No es así como vivió Jesús?

En Marcos 5, Jesús iba de camino a sanar a la hija de Jairo cuando una mujer que había sufrido por doce años tocó el borde de Su manto. Jesús pudo haber seguido caminando. Después de todo, estaba en una misión urgente. En cambio, se detuvo. La buscó. Le habló. Le dio más que sanidad física — le devolvió su dignidad llamándola *"Hija."*

Lo que parecía una interrupción era, en realidad, una oportunidad para la compasión.

¿Qué tan seguido perdemos oportunidades de compasión porque estamos tan enfocados en lo que sigue? Nuestros calendarios nos dicen dónde debemos estar, y nuestros relojes nos recuerdan cuándo debemos llegar. Vamos de reunión en reunión, de mandado en mandado, de conversación en conversación, dejando muy poco espacio para que el Espíritu Santo interrumpa nuestros planes. Sin embargo, algunos de los momentos más impactantes del ministerio no están en nuestras agendas — están en las pausas inesperadas donde Dios nos invita a detenernos y amar a la persona que está frente a nosotros.

La mayoría de nosotros no encontraremos a alguien tirado al lado del camino hoy. Nuestras oportunidades de compasión suelen ser mucho más silenciosas. Están en el compañero de trabajo que se queda un momento después de la reunión. En el amigo que dice "estoy bien", pero no lo parece. En la cajera que se ve agotada. En el vecino que has querido visitar. Estos momentos rara vez se anuncian como oportunidades de ministerio. Más bien, parecen interrupciones a nuestro día cuidadosamente planeado. ¿Y si las interrupciones que tratamos de evitar son, en realidad, citas divinas? ¿Y si a Dios le preocupa menos cuánto logramos en un día y más cuán fielmente amamos a las personas que Él pone en nuestro camino?

Jesús nunca trató a las personas como distracciones de Su misión porque las personas eran Su misión. Dondequiera que iba, hacía espacio para los heridos, los pasados por alto y los olvidados. Como Sus seguidores, estamos invitados a vivir con esa misma postura — sosteniendo nuestras agendas con suficiente ligereza para que, cuando la compasión llame, estemos dispuestos a detenernos.

Hoy, pidamos a Dios que nos haga disponibles. La interrupción que no esperabas puede ser la persona que Él te está pidiendo que ames. Que seamos personas que se detienen cuando todos los demás siguen avanzando.

Reflexión

¿Hay algo que estoy viendo como una inconveniencia y Dios está diciendo que es una oportunidad?

Oración

Señor, ayúdame a ver los momentos que suelo descartar como inconveniencias o interrupciones a través de Tus ojos. Cambia mi perspectiva para reconocerlos como oportunidades para amar, servir y reflejar Tu compasión. Dame un corazón dispuesto a desacelerar, hacer espacio para otros y seguir donde Tú me guíes. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee Marcos 5:25–34
- Lee Filipenses 2:3–5

Miércoles

LA COMPASIÓN SE ACERCA

Escritura

"y se acercó a él y vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas [para suavizar y desinfectar las lesiones]; luego lo puso sobre su propio animal de carga, lo llevó a una posada y cuidó de él."
— Lucas 10:34 (Biblia amplificada)

Devocional

Uno de los mayores regalos que puedes darle a alguien no son las palabras perfectas ni la solución perfecta — es tu presencia.

El samaritano nos recuerda que la compasión no se detiene en notar el dolor de alguien. Se acerca**.** Él no solo pausó su viaje; cruzó el camino, se arrodilló junto al hombre herido y vendó sus heridas.

Vivimos en un mundo que a menudo nos anima a mantener una distancia cómoda, tal como hicieron el sacerdote y el levita. Podemos deslizar la pantalla y pasar por alto el dolor de alguien, dejar un comentario o enviar un mensaje que dice "orando por ti", o asumir que alguien más intervendrá (quizás exactamente lo que pensaron el sacerdote y el levita). Aunque esas cosas tienen su lugar, el samaritano —y, en última instancia, Jesús— modelaron algo mucho más profundo. Se acercaron. Entraron en el dolor de otros en lugar de observarlo desde lejos.

Recuerdo ser una niña después de un día muy traumático. Estaba sentada sola en nuestro cuarto de música, mirando por una gran ventana mientras la lluvia caía por el vidrio, llorando lágrimas silenciosas. Mi abuela entró a la casa, me encontró allí, me envolvió en sus brazos, lloró conmigo y susurró suavemente: "Señor, ayúdanos."

Ella no tenía todas las respuestas ese día. No podía cambiar de inmediato lo que estaba sucediendo. Pero hizo algo que nunca he olvidado — se acercó. En medio de una situación desordenada y complicada, me encontró donde estaba, y su presencia me recordó que no tenía que caminar sola por ese momento.

Eso es lo que hace la compasión. No siempre elimina el dolor, pero no permite que alguien sufra en aislamiento. A veces no necesitamos tener las palabras correctas — solo necesitamos presentarnos, sentarnos junto a alguien y recordarle que no está solo.

El samaritano se acercó, y se ensució. Había sangre y tierra, y aun así se arrodilló junto al hombre herido y tocó sus heridas. Qué imagen tan hermosa de Jesús.

A lo largo de los Evangelios, Jesús constantemente se movió hacia las personas. Tocó al leproso mientras todos los demás mantenían su distancia. Defendió a la mujer que todos querían apedrear. Se invitó a la casa de Zaqueo cuando nadie más quería asociarse con él. Se detuvo por Bartimeo cuando la multitud le dijo que se callara. Lloró con María y Marta antes de resucitar a Lázaro. Una y otra vez, Jesús nos mostró que la compasión no teme acercarse.

La mayor expresión de esa compasión fue la cruz. Jesús no permaneció distante de nuestra ruptura — entró en ella. Tomó nuestro pecado, cargó nuestra vergüenza y nos encontró en nuestra necesidad más profunda para que pudiéramos ser hechos completos. Porque Él primero se acercó a nosotros, ahora podemos acercarnos a otros.

Como Sus seguidores, estamos llamados a reflejar ese mismo corazón. Puede que no siempre tengamos las palabras perfectas ni el poder para cambiar las circunstancias de alguien, pero podemos ofrecer lo que Jesús ofreció tan a menudo: nuestra presencia. A veces el acto más poderoso de compasión es simplemente elegir acercarnos a alguien en lugar de mantener nuestra distancia.

Reflexión

¿Hay alguien cuya carga necesito acercarme a llevar, en lugar de observarla desde lejos?

Oración

Jesús, gracias por nunca mantener Tu distancia de mí. Gracias por encontrarme en mi quebranto y amarme justo donde estaba, y amarme lo suficiente como para no dejarme allí. Dame el valor para acercarme a quienes están sufriendo, incluso cuando es incómodo. Ayúdame a ver, detenerme y estar presente, a amar bien y a reflejar Tu compasión a cada persona que pongas en mi camino. Amén.

Profundiza

- Lee Marcos 1:40–42
- Lee Juan 8:1–11
- Lee Lucas 19:1–10
- Lee Marcos 10:46–52
- Lee Juan 11

Jueves

LA COMPASIÓN DA LO QUE TIENE

Escritura

"...y se acercó a él y vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas [para suavizar y desinfectar las lesiones]; luego lo puso sobre su propio animal de carga, lo llevó a una posada y cuidó de él.

Al día siguiente sacó dos denarios (dos días de salario) y se los dio al encargado de la posada, y le dijo: 'Cuida de él; y lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.'"
— Lucas 10:34–35 (Biblia amplificada)

Devocional

¿Alguna vez has sentido que no tienes suficiente para ofrecerle a alguien? Quizás querías ayudar, pero lo único que podías pensar era en lo que te faltaba — suficiente dinero, suficiente sabiduría, suficiente tiempo, o incluso las palabras correctas. Es fácil creer que si tuviéramos solo un poco más, podríamos ayudar de verdad. Pero a lo largo de la Escritura, Dios nos recuerda que Él no está limitado por lo que nos falta. Solo nos pide que entreguemos lo que ya tenemos.

El samaritano nunca se detuvo a hacer inventario de lo que deseaba tener; simplemente tomó lo que ya estaba a su alcance — aceite, vino y vendas. La compasión que lo movió a actuar no se midió por los recursos que tenía o no tenía, sino por su disposición a usarlos. No esperó hasta estar mejor equipado. Ofreció lo que tenía en ese momento, y Dios lo usó para comenzar la sanidad de alguien.

A lo largo de Su ministerio, Jesús rara vez pidió a las personas que le trajeran lo que no tenían. En cambio, muchas veces les pidió que entregaran lo que sí tenían. Cinco panes y dos peces. Jarras vacías. Un bote dispuesto. Una y otra vez, Dios demostró que Él se especializa en multiplicar recursos rendidos.

Lo mismo es cierto para nosotros hoy. A menudo creemos que necesitamos tener todas las respuestas antes de poder ayudar a alguien, pero a veces lo que las personas más necesitan no es nuestra experiencia — es nuestra disponibilidad. Una comida dejada en la puerta de alguien. Una nota escrita a mano. Una hora escuchando. Llevar a alguien a una cita. Una oración dicha con fe.

A veces, lo que tenemos para ofrecer ni siquiera es algo que podamos sostener con nuestras manos.

Mientras pasamos tiempo con el Señor, el Espíritu Santo fielmente nos recuerda la Palabra de Dios y nos impulsa suavemente hacia personas que necesitan ánimo. Puede traer a alguien específico a nuestra mente, poner una Escritura en nuestro corazón, o movernos a enviar un mensaje, hacer una llamada o compartir una palabra oportuna de esperanza. Esos momentos no son interrupciones — son invitaciones para unirnos a lo que

Dios ya está haciendo. No tenemos que inventar las palabras perfectas. Solo necesitamos estar atentos a Su voz y dispuestos a responder.

Lo que parece pequeño en nuestras manos se vuelve significativo cuando se coloca en las manos de Dios. Dios se deleita en usar personas ordinarias que están disponibles para Él.

No permitas que lo que no tienes te impida usar lo que sí tienes. Dios no te está pidiendo que suplas cada necesidad que encuentres. Como el samaritano, simplemente estamos llamados a detenernos, notar y ofrecer lo que Dios ya ha puesto en nuestras manos. Cuando la compasión guía, el Espíritu Santo dirige, y la rendición sigue, Dios puede lograr mucho más de lo que jamás podríamos por nuestra cuenta.

Reflexión

¿Qué me ha dado Dios que pueda ofrecerle a alguien hoy?

Oración

Jesús, ayúdame a dejar de enfocarme en lo que me falta y a confiar en lo que Tú ya has puesto en mis manos. Dame un corazón de compasión, oídos atentos al Espíritu Santo y el valor para responder cuando me llames hacia alguien. Usa mis simples actos de obediencia para traer Tu esperanza, Tu amor y Tu sanidad a otros. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee Hechos 3:1–8
- Lee Juan 6:1–13

Viernes

LA COMPASIÓN CREA LUGARES DE RESTAURACIÓN

Escritura

"...y acercándose, vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas [para suavizar y desinfectar las lesiones]; y poniéndolo sobre su propio animal de carga, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios (dos días de salario) y se los dio al posadero, y dijo: 'Cuida de él; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.'"

— Lucas 10:34-35 (Biblia Amplificada)

Devocional

He aprendido que algunas de las mayores sanidades en mi vida no ocurrieron en un solo momento — sucedieron porque alguien siguió presentándose.

La restauración generalmente no es dramática. Se construye a través de actos repetidos de fidelidad. Un amigo que sigue revisando cómo estás. Una iglesia que continúa orando. Un mentor que sigue haciendo espacio. Un familiar que se rehúsa a rendirse. La sanidad a menudo crece en lugares donde las personas eligen permanecer.

Para mí, fue una pastora que vio más allá de la superficie y eligió no alejarse. Ella me buscó, caminó pacientemente conmigo durante el proceso de consejería y se convirtió en una de las personas que Dios usó para comenzar a sanar heridas que habían estado abiertas por años. Mirando atrás, me doy cuenta de que mi sanidad no fue el resultado de una sola conversación — fue el fruto de alguien que fielmente siguió presentándose una y otra vez.

El Buen Samaritano entendió ese tipo de compasión. Después de limpiar las heridas del hombre con aceite y vino y vendarlo, no lo dejó al lado del camino con unas palabras de ánimo. Lo levantó, lo puso sobre su propio animal, lo llevó a una posada, se quedó con él y pagó por su cuidado

continuo. El Samaritano sabía que, aunque el rescate puede suceder en un momento, la restauración a menudo toma tiempo.

Ese tipo de compasión refleja la naturaleza misma del amor de Dios. En 1 Corintios 13, Pablo nos recuerda que el amor "todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" y que "el amor nunca falla". El amor bíblico no se aleja cuando la sanidad tarda más de lo esperado. No pierde la esperanza cuando el progreso parece lento. El amor permanece. Sigue orando, sigue animando, sigue creyendo que Dios aún está obrando incluso cuando todavía no podemos ver el resultado.

¿No es así como Dios nos ha amado? Él nunca nos ha abandonado en medio de nuestra sanidad. Su amor es paciente con nuestro crecimiento, fiel en nuestros fracasos y constante en cada temporada. Aunque ciertamente tiene el poder de sanar instantáneamente, a menudo elige restaurarnos poco a poco. Sana capa por capa, enseñándonos a confiar en Él mientras repara suavemente lugares que han estado rotos por años. Su meta no es simplemente sacarnos de la crisis, sino hacernos completos. Y mientras nos volvemos más como Cristo, somos invitados a reflejar ese mismo amor perseverante hacia otros.

A veces, el mayor acto de compasión no es hacer algo extraordinario — es elegir no rendirse con alguien. Es seguir apareciendo, seguir orando, seguir amando y confiar en que Dios traerá restauración en Su tiempo perfecto.

Como seguidores de Jesús, estamos invitados a reflejar ese mismo tipo de compasión. A veces Dios nos usa para suplir una necesidad inmediata, pero otras veces nos invita al trabajo más lento de caminar junto a alguien mientras sana. Ese tipo de compasión requiere paciencia. Elige revisar nuevamente, orar nuevamente, animar nuevamente y aparecer nuevamente. Entiende que la sanidad rara vez sigue nuestra línea de tiempo, y que el amor no se rinde cuando el progreso se siente lento.

El Samaritano no solo rescató a un hombre herido — creó un lugar donde la sanidad podía continuar. ¿Y si Dios nos está invitando a hacer lo mismo? Nuestros hogares, nuestras iglesias, nuestros grupos pequeños y hasta nuestras conversaciones cotidianas pueden convertirse en lugares donde las personas encuentran la gracia, la verdad y la presencia constante de Cristo. La compasión no solo responde al dolor; crea espacio para la restauración.

Reflexión

¿Hay alguien a quien Dios me está invitando a acompañar, creando espacio para la restauración en lugar de esperar una sanidad instantánea?

Oración

Jesús, gracias por Tu amor paciente y fiel que nunca se rinde conmigo. Ayúdame a reflejar esa misma compasión al aparecer fielmente por otros y crear lugares donde se sientan seguros, vistos y amados. Dame la paciencia para confiar en Tu tiempo, el valor para caminar junto a quienes están heridos y la sabiduría para apuntarlos hacia Ti, el Único que trae verdadera restauración. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- 1 Corintios 13:4-8
- Gálatas 6:1-2
- Efesios 4:15-16

Sábado

VE Y HAZ TÚ LO MISMO

Escritura

"¿Cuál de estos tres piensas tú que demostró ser prójimo del que cayó en manos de los salteadores?». 37 El intérprete de la ley respondió: «El que tuvo misericordia de él». «Ve y haz tú lo mismo», le dijo Jesús."

— Lucas 10:36-37

Devocional

Esta semana hemos visto cómo la compasión se despliega paso a paso. Comienza con ver. Se permite ser interrumpida. Se acerca en lugar de mantenerse a distancia. Ofrece lo que tiene en lugar de enfocarse en lo que le falta. Y crea espacios donde la restauración puede comenzar.

Tomados individualmente, estos pueden parecer actos pequeños. Pero juntos, pintan un retrato del corazón de Jesús. La compasión no es simplemente algo que hacemos de vez en cuando; es la postura de una vida transformada por el amor de Cristo. Cada acto de compasión, por más ordinario que parezca, refleja el corazón de nuestro Salvador.

Una cosa es leer la historia del Buen Samaritano. Otra es darse cuenta de que Jesús tenía la intención de que nos convirtiéramos en parte de ella.

Cuando Jesús terminó de contar la parábola, simplemente dijo: "Ve y haz tú lo mismo." La historia nunca estuvo destinada a terminar en admiración. Siempre estuvo destinada a llevarnos a la imitación.

El Samaritano no era simplemente el héroe de la historia. Él apuntaba al Samaritano mayor: Jesús mismo. Nosotros éramos los heridos y desamparados por causa del pecado, incapaces de salvarnos. Jesús cruzó la distancia que nos separaba del Padre. Nos encontró en nuestro quebrantamiento, vendó nuestras heridas, pagó una deuda que jamás podríamos pagar y abrió el camino para que fuéramos restaurados a Dios. Su compasión no solo nos rescató; transformó completamente nuestro futuro.

Ahora, habiendo recibido ese tipo de misericordia, somos llamados a extenderla a otros. No amamos a las personas para que Dios nos ame — amamos porque Él nos amó primero. Su compasión se convierte en la fuente de nuestra compasión. Mientras permanecemos en Él, el Espíritu Santo forma nuestros corazones para ver a las personas como Él las ve y amarlas como Él las ama.

Cada día tenemos una elección. Podemos pasar de largo, consumidos por nuestras propias agendas, o podemos convertirnos en el tipo de prójimo que Jesús describió. No tenemos que cambiar el mundo entero. Solo tenemos que ser fieles para amar a la persona que Dios pone frente a nosotros hoy.

Así que dondequiera que Dios te lleve, lleva Su corazón contigo. Mira a las personas. Detente por las personas. Acércate a las personas. Da lo que tienes. Ayuda a crear lugares donde la sanidad y la restauración puedan comenzar. Mientras lo haces, que otros puedan ver un destello de Jesús a través de tu compasión, y que tu vida se convierta en un reflejo vivo de Aquel que primero tuvo compasión de ti.

Ve y haz tú lo mismo.

Reflexión

¿En cuál de estos pasos de compasión — ver, detenerse, acercarse, dar o crear espacio para la restauración — me está invitando Dios a crecer? Mientras avanzo en mi semana, ¿cómo me está invitando Jesús a "ir y hacer lo mismo"?

Oración

Jesús, gracias por mostrarme compasión cuando más la necesitaba. Mientras avanzo hoy, ayúdame a reflejar Tu corazón en la manera en que veo, amo y sirvo a las personas a mi alrededor. Llénname de Tu Espíritu, hazme atento a las necesidades de otros y dame el valor para seguirte dondequiera que me guíes. Que mi vida apunte a otros hacia Ti mientras voy y hago lo mismo. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Miqueas 6:8
- Mateo 5:14-16
- Colosenses 3:12-17

Domingo

NOTAS DEL SERMÓN



Semana 3:

ACEITE, VINO Y PODER

Lunes	Tú Llevas Algo	37
Martes	Sé la Venda	42
Miércoles	Misericordia que Sana	45
Jueves	Vino que Limpia	50
Viernes	Poder que Sana	55
Sábado	Cuando se Acaba el Poder	59

Lunes

TÚ LLEVAS ALGO

Escritura

"Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó."
— Lucas 10:34 (NBLA)

Devocional

Mi mamá solía llevar todo en su bolso... como para hacer que Mary Poppins se sintiera completamente superada.

Cuando era niño, yo la observaba con asombro mientras le pedía cualquier cosa... lo que fuera. Entonces los ojos de mamá se iluminaban de alegría mientras pronunciaba una de las frases más comunes de mi infancia: "¡Creo que tengo uno en mi bolso!"

Por supuesto que lo tenía. Ella llevaba de todo.

Mamá siempre sabía lo que tenía y estaba lista para sumergirse hasta el fondo de su bolso, ¡con las dos manos!, para encontrarlo y dártelo.

Estoy seguro de que el Buen Samaritano no llevaba cintas de casete sueltas ni antiguos boletines de la iglesia en su bolso (ejem, su bolsa de hombre) como mi mamá, pero cuando vio al hombre herido, también metió la mano y sacó lo que tenía.

¿Alguna vez te has preguntado por qué no llevó inmediatamente al hombre a la posada?

Claramente, en la posada tenían lo necesario para cuidar de él.

Pero el Buen Samaritano sabía que **la sanidad comenzaba con él.**

Lucas nos cuenta otro detalle interesante:

El Buen Samaritano estaba de viaje. Los viajeros que emprendían un camino solían llevar provisiones básicas, y dio la casualidad de que este

samaritano tenía exactamente lo que el hombre herido necesitaba: aceite, vino y vendas para sus heridas.

Quizás la experiencia le había enseñado a empacar esas cosas. Tal vez él mismo había sufrido algunas heridas durante el camino. Cualquiera que fuera la razón, cuando llegó el momento, no se concentró en lo que le faltaba.

Extendió la mano hacia lo que sabía que llevaba.

Ahora llegamos a la pregunta que siempre hacemos al leer las Escrituras:

¿Y tú?

¿Qué llevas contigo?

¿Lo sabes?

Tal vez no sea una bolsa de mamá ni un bolso de hombre... pero, amigo/a, si eres hijo/a de Dios, ¡tu bolso está lleno! Si vas a cruzar el camino para ayudar a los que están heridos, necesitas saber que llevas contigo tres cosas que pueden traer sanidad:

La presencia de Dios
La Palabra de Dios
Tu testimonio

Aquí está la clave: ninguna de estas cosas está limitada a una sola función. El Espíritu de Dios, la Palabra de Dios y tu testimonio pueden actuar como aceite para consolar, como vino para limpiar y como poder para sanar. Esta semana hablaremos sobre cómo Dios te ha equipado con estos dones para usarlos, como el Samaritano, para cuidar de quienes están a tu alrededor. Pero primero, debes saber cuáles son.

Primero, llevas la presencia de Dios.

Necesitas saber que Dios no vino solamente a salvarte... **¡vino a salvarte Y a llenarte con Su Espíritu Santo!** Él tomó una vida quebrantada por el pecado y la convirtió en una morada santa para Su Espíritu (1 Corintios 6:19).

Ahora llevas la presencia de Dios a cada habitación, cada conversación y cada encuentro al borde del camino.

Y 1 Corintios 12:7 dice que la manifestación del Espíritu en tu vida es dada "para el bien común". En otras palabras, la presencia de Dios en ti tiene el propósito de convertirse en la ayuda de Dios a través de ti.

Cuando SABES que sabes que tienes dentro de ti, el mismo Espíritu que levantó a Cristo de entre los muertos (Romanos 8:11)... ¡wow!

Serás tan valiente como Pedro y Juan en Hechos 3:6.

Cuando vieron a un hombre necesitado y herido, dijeron:

"No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo el Nazareno, ¡levántate y anda!" ¡Y así lo hizo!

Lo **segundo** que necesitas saber que llevas contigo es la **Palabra de Dios.**

Proverbios 4:22 dice que las palabras de Dios son "vida para quienes las encuentran y salud para todo su cuerpo".

Más que necesitar tus consejos, las personas necesitan la Palabra de Dios.

Salmo 107:20 dice que Dios "envió Su palabra y los sanó, y los libró de su destrucción".

¡Las palabras de Dios llevan vida y sanidad!

Pablo tuvo que recordarle a Timoteo que tenía todo lo que necesitaba en las Escrituras:

> "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea plenamente capaz y esté equipado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17).

La Palabra de Dios que llevas dentro de ti te equipa para salir y HACER buenas obras.

Si has estado sintiendo que te falta lo que necesitas, no puedo darte una recomendación más importante que esta: ¡Sumérgete en la Palabra de Dios!

Dios quiere que estés ¡COMPLETAMENTE EQUIPADO/A!

Así que abre la Palabra. Llévala a tu corazón.

Deja que llene tu mente y salga de tu boca. ¡Dios te quiere equipado/a por completo!

Lo **tercero** que llevas contigo tiene un impacto enorme: **tu testimonio.**

En Apocalipsis 12:11, cuando Juan describe cómo los santos vencieron a Satanás, menciona dos armas devastadoras que fueron utilizadas para derrotar al enemigo.

Una fue la sangre del Cordero: Jesús. ¡Tiene sentido!

La segunda arma es **"***la palabra de su testimonio***"** —¡y ese "su" eres TÚ! ¡Wow!

Al igual que el Samaritano, has recorrido caminos en los que quizá también has sido golpeado/a.

Así que cuando abres tu boca para testificar acerca de lo que Dios ha hecho por ti, haces retroceder al enemigo, no solamente en tu propia vida, sino también en la vida de quienes te rodean.

Dios tomará el dolor de tu pasado y lo convertirá en una historia que sana.

Escucha y recuerda esto:

El enemigo no puede quitarte ninguna de estas cosas: el Espíritu de Dios, Su Palabra y tu testimonio.

Pero puede intentar distraerte y desanimarte para que olvides que las tienes.

Deja que la compasión se levante dentro de ti hoy por los perdidos y quebrantados que están al lado del camino.

Renueva tu compromiso de recordar lo que llevas contigo.

Y pídele a Dios que te muestre a alguien por quien puedas cruzar el camino y llevar sanidad, en el nombre de Jesús.

Tu bolso está lleno. Mete la mano. Cruza el camino. Y da lo que tienes, en el nombre de Jesús.

Tú puedes hacerlo.

Reflexión

¿Qué ha puesto Dios dentro de ti que alguien a tu alrededor pueda necesitar hoy: Su presencia a través de la oración, Su Palabra a través del ánimo, o tu testimonio de lo que Él ha hecho?¿A quién podría estar invitándote Dios a cruzar el camino para ayudar hoy?

Oración

Padre, gracias por darme todo lo que necesito para servir a las personas que están a mi alrededor. Me has llenado con Tu Espíritu, me has equipado con Tu Palabra y me has dado un testimonio de Tu fidelidad. Perdóname por las veces que me he enfocado en lo que me falta y he olvidado lo que llevo conmigo. Abre mis ojos para ver a las personas heridas que encuentre hoy en mi camino. Haz que la compasión se levante dentro de mí, dame valor para cruzar el camino y muéstrame cómo ofrecer aquello que Tú has puesto dentro de mí. Usa mis manos, mis palabras y mi historia para llevar Tu sanidad y esperanza a alguien más. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Antes de que termine el día, ofrece intencionalmente una de las cosas que llevas contigo —una oración, una palabra de ánimo, un testimonio, una habilidad o un acto práctico de ayuda— a alguien que lo necesite.
- Lee **Hechos 1:8** — El Espíritu Santo viene sobre ti para mostrarle a las personas cómo es Jesús.
- Lee **1 Corintios 12:7** — El Espíritu Santo quiere moverse a través de ti para mostrar Su bondad a los demás.
- Lee **2 Corintios 4:7** — El Espíritu Santo es como un tesoro que resplandece a través de ti para glorificar a Dios.
- Lee **Juan 7:37-38** — El Espíritu Santo es como un río que trae vida a ti y a quienes te rodean.
- Lee **Efesios 5:18-19** — El Espíritu Santo quiere hablar a través de ti para fortalecer y animar a los demás.

Martes

SÉ LA VENDA

Escritura

Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó.
— Lucas 10:33-34 (NBLA)

"El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos. Me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos Y liberación a los prisioneros."
— Isaías 61:1 (NBLA)

Devocional

Antes de que existiera el pecado, las pandemias, los tornados o las guerras en el mundo, hubo una cosa que Dios dijo que no era buena: la soledad.

Dios creó a Adán con Sus propias manos, perfecta y maravillosamente.

Lo colocó en un jardín perfecto, donde Dios se relacionaba con él diariamente y Adán disfrutaba de Su presencia perfecta.

Y aun así, sorprendentemente, algo faltaba.

Resulta que ese "algo" era en realidad un "alguien": un compañero físicamente presente que completara el diseño perfecto de Dios para la creación.

Así que Dios le dio a Eva.

El hombre herido de Lucas 10 estaba en todo lo contrario de un jardín perfecto.

No solo había sido robado, golpeado y dejado por muerto; estaba solo.

¡Necesitaba un prójimo!

Los judíos habían definido tradicionalmente la palabra "prójimo" dentro de límites étnicos y religiosos, reduciendo el mandamiento de "amar a tu prójimo" al mínimo posible. Pero mediante esta parábola, Jesús redefine brillantemente la palabra "prójimo" como alguien que cruza esas fronteras para mostrar misericordia.

Allí, en un camino polvoriento donde no había ningún jardín perfecto a la vista, un samaritano cruzó los limites y mostró misericordia a un judío, alguien que pertenecía a un grupo que era considerado su enemigo étnico.

Sabemos, por lo que ocurrió en el jardín, que la primera "venda" que aplicó el Samaritano no fue simplemente un pedazo de tela. Fue su presencia. **No solamente aplicó la venda... Él mismo se convirtió en la venda.**

La investigación sobre la presencia física y el tacto muestra consistentemente que acelera la sanación.

La sanidad comenzó cuando el Samaritano llegó.

Tal vez tienes personas heridas a tu alrededor, pero no estás seguro/a de cómo ayudarlas.

Ten esto por seguro: **Tu presencia importa.**

Y como hijo/a de Dios, no solamente llevas tu presencia... ¡llevas Su presencia!

Nosotros no podemos sanar por nosotros mismos, pero podemos ayudar a detener el sangrado para que Él pueda comenzar la sanidad.

Al igual que una venda protege una herida de las bacterias que podrían entrar, Dios nos da relaciones que nos rodean y nos protegen. La presencia de Dios hace lo mismo. En Salmo 139:5, David habla de la presencia de Dios diciendo: "Me has rodeado por detrás y por delante, y has puesto Tu mano sobre mí." Ese es el lenguaje de protección y sanidad.

Finalmente, las heridas necesitan presión física para detener el sangrado.

Dios puede usar tu presencia para ayudar a detener el sangrado de alguien.

Y mejor aún: ¡Dios puede liberar Su presencia a través de ti para sanar la herida!

Piensa en la mujer que padecía flujo de sangre en Marcos 5. Ella no solamente necesitaba creer en Jesús a distancia; necesitaba acercarse a Él y tocarlo.

Jesús no podría simplemente haber enviado oraciones desde el cielo para liberarnos del pecado y sanar nuestros cuerpos.

Tenía que acercarse físicamente.

Isaías 61:1 nos dice por qué vino:

> "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí,
> Porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos.
> Me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón,
> Para proclamar libertad a los cautivos.
> Y liberación a los prisioneros."

Ahora que hemos recibido Su cercanía, somos llamados a ir y ser **"**prójimos**"**, extendiendo misericordia a quienes están a nuestro alrededor y tienen necesidad.

Hay poder sanador en la presencia física.

Así que ve y comienza la sanidad en la vida de alguien con tu presencia.

Tú abrirás la puerta para que Dios termine la sanidad con la Suya.

¡Ve y sé la venda!

Reflexión

¿A quién conoces que está aislado/a en este momento —no necesariamente en una crisis, simplemente solo/a— y que necesita más tu presencia que tus consejos? ¿Y qué te ha mantenido a distancia: estar demasiado ocupado/a, no saber qué decir o no darte cuenta de que simplemente estar presente es suficiente?

Oración

Jesús, gracias por no amarme desde la distancia. Tú te acercaste, entraste en mi dolor y vendaste mis heridas. Abre mis ojos para ver a las personas que están a mi alrededor y que están heridas y solas. Dame el valor para cruzar la distancia y convertirme en su prójimo. Permite que Tu presencia sanadora se haga sentir a través de la mía. Amén.

Profundiza

- Antes de que termine el día, ve y siéntate con alguien en persona. No necesitas solucionar nada ni dar consejos; simplemente ofrece tu presencia y confía en que **estar presente también puede ser una forma de sanar.**
- Lee **Génesis 2:18** — "No es bueno que el hombre esté solo." La presencia era parte del diseño de Dios antes de que el pecado entrara al mundo.
- Lee **Éxodo 33:14** — "Mi presencia irá contigo, y te daré descanso." La presencia de Dios no es solamente consuelo; es lo que te sostiene y te lleva adelante.
- Lee **Hebreos 13:5** — "Nunca te dejaré ni te abandonaré." Esta es la promesa que está detrás de cada acto de acercarnos y estar presentes.
- Lee **2 Corintios 1:3-4** — Dios nos consuela en nuestras aflicciones para que podamos consolar a otros con el mismo consuelo que nosotros hemos recibido.
- Lee ***El Sanador Herido*** (*The Wounded Healer*), de Henri Nouwen.

Miércoles

MISERICORDIA QUE SANA

Escritura

"Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó"
— Lucas 10:34 (NBLA)

"¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él, ungiendolo con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe restaurará al enfermo, y el Señor lo levantará. Si ha cometido pecados le serán perdonados. Por tanto, confiésense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados. La oración eficaz del justo puede lograr mucho."
— Santiago 5:14-16

Devocional

Mi corazón latía tan fuerte que no estaba segura/o de poder escuchar la voz al otro lado del teléfono.

—¿Hola?

El momento que tanto temía había llegado.

Esa mañana, durante nuestro servicio semanal de oración en la universidad bíblica, había estado de rodillas pidiéndole a Dios que me mostrara cualquier injusticia que Él quisiera limpiar en mí. ¡Una oración peligrosa!

En los momentos siguientes, Él comenzó a quitar capa tras capa de vergüenza hasta revelar una herida.

Donde hay vergüenza, generalmente hay una herida.

Yo había estado escondiendo aquella herida para que nadie pudiera tocarla.

Pero no me había dado cuenta de que también la estaba escondiendo de Dios, quien quería sanarla.

La herida había ocurrido en un salón de clases.

Era el otoño de mi último año de universidad. Durante tres años había trabajado con la meta de entrar a la escuela de medicina, hasta que finalmente reconocí que, en lo profundo de mi corazón, no quería ser doctor.

Ahí estaba yo, en un valle espiritual, sin dirección y luchando contra la depresión.

Pero ese día todavía tenía que presentar un examen increíblemente difícil con uno de los profesores más exigentes de la universidad.

Saqué una B, que resultó ser la misma calificación de la persona que estaba sentada justo a mi lado.

Resulta que ella no había cubierto bien su examen.

Sí. Copié.

Mientras intentaba proteger una herida en mi promedio académico, en realidad había abierto una herida profunda en mi alma. Ese es el engaño del pecado. Pensamos que estamos evitando el dolor exterior, pero en realidad estamos causando un daño mucho mayor en nuestro interior.

Pero gracias a Dios, el "Pastor de mi alma" quería conducirme hacia la sanidad (1 Pedro 2:25).

Pero eso significaba hacer una llamada telefónica.

En cuanto el profesor respondió, lo confesé todo. Las palabras comenzaron a salir y, mientras hablaba, sentía que me volvía más y más ligero. Era como si todo el veneno estuviera saliendo de la herida. Para ese momento yo ya me había graduado, pero sabía que él podía revocar mi título. Intenté apartar esos pensamientos porque la sanidad que estaba experimentando en ese momento valía la pena.

Finalmente terminé de hablar y me preparé para escuchar su respuesta.

Pero, para mi asombro... me perdonó**.**

Ese día aprendí muchísimo sobre el poder de la misericordia. No se trataba solamente de la misericordia del profesor, aunque esa misericordia también fue restauradora. Ese día quedé marcado por la misericordia de Dios.

Dios, como Dios justo, tenía todo el derecho de castigar ese pecado.

Sin embargo, eligió venir y derramar el aceite de Su misericordia sobre aquella herida para sanarme y restaurarme de una manera que valía cualquier consecuencia terrenal.

Hemos sido perdonados de mucho. Nuestro pecado puso al Hijo de Dios en una cruz.

Pero Dios, **"**que es rico en misericordia... nos dio vida juntamente con Cristo" (Efesios 2:4-5).

Al hacerlo, Dios no solamente nos liberó de la esclavitud eterna del pecado; también continúa sanándonos de los efectos que el pecado sigue produciendo en nuestra vida.

Según Hebreos, Su sanidad llega por medio de Su Palabra viva y eficaz y de Su Espíritu Santo que permanece en nosotros (Hebreos 4:12).

La Palabra de Dios y Su Espíritu, entre muchos otros propósitos, son como el aceite que se utilizaba en el mundo antiguo para derramarlo sobre las heridas, calmarlas y ayudar a traer sanidad. Esta es la misericordia activa de Dios en nuestras vidas.

Pero la Palabra y el Espíritu de Dios no son solamente aceite para nuestra propia vida.

Son el aceite que llevamos para los demás.

Santiago nos dice: "Confiésense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados" (Santiago 5:16).

Muchas veces Dios trae Su sanidad a nuestra vida a través de otras personas. Eso significa que las personas que nos rodean tienen el potencial de herirnos, pero, a través de Cristo, también tienen un poder tremendo para ayudarnos a sanar.

Esto es precisamente lo que Jesús señala en Lucas 10. El Samaritano vio a un hombre herido, se acercó a él con misericordia y derramó aceite sobre sus heridas. Entonces Jesús dijo: **"**Ve y haz tú lo mismo" (Lucas 10:37).

En el mundo antiguo, el aceite se utilizaba para calmar y proteger las heridas. Es una hermosa imagen de la misericordia activa de Dios, ministrada a nosotros a través de Su Palabra y Su Espíritu.

Pero el aceite no es solamente para ti.

Dios te consuela para que Su consuelo pueda fluir a través de ti.

Dios te habla con verdad para que tú puedas hablar verdad a otros.

Dios derrama misericordia sobre tus heridas para que tú puedas derramar misericordia sobre las heridas de otros.

Ese es el evangelio:

Nuestro pecado puso al Hijo de Dios en la cruz, pero a través de esa misma cruz recibimos misericordia. Dios nos dio vida juntamente con Cristo, nos llenó con Su Espíritu y continúa sanándonos y renovándonos por medio de Su Palabra.

Ahora que este aceite sanador está en tus manos, ¿cómo podrías guardarlo solamente para ti?

Envíale a un amigo un versículo para la temporada dolorosa que está atravesando.

Ora por ese compañero de trabajo que Dios sigue poniendo en tu corazón.

¿Sigues chocando con alguien? Invítalo a almorzar y escucha para descubrir la herida que puede estar debajo de la pelea.

Siéntate con alguien que acaba de recibir un diagnóstico difícil.

Llevas contigo la presencia del Consolador. Permite que Él use tu presencia, tus oraciones y tus palabras para calmar el alma de alguien.

Tú recibiste misericordia. Ahora lleva misericordia.

Ahora, ve y haz tú lo mismo.

Reflexión

¿Hay alguna herida que has estado escondiendo por vergüenza, con miedo de que sacarla a la luz traiga juicio en lugar de sanidad? ¿Y quién en tu vida está cargando una herida en este momento que solamente tu misericordia —no tus consejos, no tu silencio— puede alcanzar?

Oración

Padre, gracias por ser el Pastor que va en busca de aquello que está escondido en lugar de dejarlo enterrado. Gracias porque no esperas a que yo me arregle por completo antes de acercarte a mí. Tú vienes con aceite en Tus manos, listo para sanar aquello que la vergüenza ha mantenido en la oscuridad. Perdóname por las heridas que he protegido en lugar de entregártelas a Ti. Dame el valor para traer a la luz aquello que está escondido, porque así es como comienza la sanidad. Y una vez que haya recibido Tu misericordia, no permitas que termine conmigo. Dame ojos para ver quién a mi alrededor necesita que ese mismo aceite sea derramado sobre su vida y dame el valor para derramarlo. Recibí una misericordia que no merecía. Permíteme llevarla hoy a alguien que la necesita. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee **Salmo 32:3-5** — David habla del costo que el silencio tiene sobre el cuerpo y el alma, y de lo que la confesión libera.
- Lee **Proverbios 28:13** — Dios tiene misericordia preparada para quienes sacan el pecado a la luz.
- Lee **1 Juan 1:9** — La fidelidad de Dios para perdonar está directamente relacionada con nuestra disposición a confesar.
- Lee **Lucas 15:20-24** — El padre corre hacia su hijo antes de que este siquiera termine su confesión.
- Lee ***¿Qué tiene de sorprendente la gracia?*** (*What's So Amazing About Grace?*), de Philip Yancey.

Jueves

VINO QUE LIMPIA

Escritura

"Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó."
— Lucas 10:34 (NBLA)

"Pero si andamos en la Luz, como Él está en la Luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado."
— 1 Juan 1:7 (NBLA)

Devocional

"El tiempo sana todas las heridas... pero no las que dejas infectarse." — Laura Steven

Cuando era niño, nunca le tuve miedo a una raspadura en la rodilla. Lo que realmente temía era lo que venía después.

Temía ese momento: la pierna levantada sobre el fregadero de la cocina, la herida abierta, llena de sangre y tierra, y mi mamá... con una mano sosteniendo una bolita de algodón y con la otra una botella de líquido que parecía puro dolor —también conocido como agua oxigenada.

¡Qué montaña rusa de sensaciones podían traer esos cinco segundos!

"Bueno, esto se siente bastante bien..."

"¡AUCH, ESO ARDE!"

"¡Mira, está haciendo burbujas!"

El Samaritano no tenía agua oxigenada, pero sí tenía vino.

Los viajeros llevaban vino por varias razones, y una de ellas era utilizarlo como agente limpiador.

El Samaritano usó lo que llevaba consigo para limpiar la sangre y la suciedad que podían provocar una infección.

¿Por qué era tan importante?

Porque una infección puede llegar a ser mucho más peligrosa que la herida misma.

Nadie pasa por la vida sin sufrir raspaduras y heridas.

Jesús nos prometió en Juan 16:33: "Estas cosas les he hablado para que en Mí tengan paz. En el mundo tienen tribulación; pero confíen, Yo he vencido al mundo." El pecado lanzó este mundo en una espiral descendente hacia el quebrantamiento. Como creyentes, hemos sido rescatados de la caída literal hacia la destrucción y nos dirigimos hacia arriba, hacia la esperanza celestial de una paz perfecta. ¡Aleluya!

Pero mientras caminamos contra la corriente de este mundo, encontraremos muchas heridas en el camino.

Algunas son simplemente circunstancias de la vida que surgen debido a la injusticia, la avaricia, la lujuria y el egoísmo.

Y las peores pueden venir de personas cercanas a nosotros: traición, chismes y celos.

Son esas heridas las que pueden dejarte al lado del camino, clamando por ayuda.

Pero gracias a Dios, Él no nos ha dejado con las manos vacías cuando alguien necesita sanidad. Como hablamos el primer día, Dios te ha equipado con Su Espíritu, Su Palabra y tu testimonio para llevar: aceite (consuelo y paz), vino (limpieza y protección), y poder (sanidad y restauración).

Hoy vamos a hablar del vino que limpia las heridas.

Si la vida, las personas y, sí, incluso nuestros amigos, a veces nos causan heridas, el enemigo quiere infectar esas heridas con mentiras. Y como dijimos: La infección puede ser mucho más peligrosa que la herida.

Recuerda esto: La herida que alguien te causó no es lo que te destruirá; es la mentira que crees acerca de esa herida la que puede destruirte.

No es el diagnóstico lo que va a destruirte; es creer que Dios quiere que tengas ese cáncer para enseñarte algo. ¡MENTIRA!

No es perder tu trabajo lo que va a arruinar tu vida; es creer que Dios te está castigando porque no has ido a la iglesia tanto como deberías. ¡MENTIRA!

No es que tu hijo se haya ido de casa lo que te llevará a la depresión; es creer que a Dios no le importan tus hijos tanto como a ti. ¡MENTIRA!

Gracias a Dios, ¡estamos completamente equipados para combatir esa infección!

¿Recuerdas las tres cosas que llevas contigo del primer día?

Primero, tienes el vino del Espíritu de Verdad (Juan 16:13) para limpiar todas esas mentiras. Cuando cruzas el camino y te acercas a los heridos, el Espíritu Santo te ayudará a reconocer las mentiras que están creyendo.

Segundo, el Espíritu Santo te llevará a sacar tu otra herramienta: la Palabra de Dios. Lo único que puede limpiar esa mentira es la VERDAD**.** 2 Corintios 10:5 nos enseña a llevar "cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo". Si un pensamiento no está de acuerdo con quién es Jesús ni con quién Él dice que tú eres... es suciedad que tiene que salir.

Tercero, tienes tu testimonio. ¿Tienes una historia de cómo Dios te sanó de algún dolor o maltrato? Las historias son algunos de los mejores desinfectantes

Y recuerda esto: Siempre tienes la historia de Jesús. Jesús recibió una lanza a Su corazón para cargar con los dolores y las heridas que nosotros experimentaríamos.

Isaías 53:5 dice:

> "Pero Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo por nuestra paz cayó sobre Él, y por Sus heridas fuimos sanados."

Después de todo, en el Nuevo Testamento, el vino también llega a representar la sangre de Jesús derramada por nosotros.

Derramar esa verdad, sanará toda herida.

Pero tengo una advertencia: Puede arder.

La verdad puede doler.

Cuando estás herido/a, puede sentirse bien aferrarte a la ofensa y a la amargura.

Pero no caigas en esa trampa.

Lo que se siente bien en el momento puede destruirte con el tiempo.

Cuando otros están heridos, darles tiempo y espacio es importante.

Pero los amigos no permiten que sus amigos se infecten. Dios te llamará a "hablar la verdad en amor" (Efesios 4:15).

Eso puede doler en el momento, pero puede traer sanidad al final.

Piensa por un momento en alguien que está luchando contra una infección en su vida.

¿Qué verdad podría estar pidiéndote Dios que derrames sobre esa herida?

O ¿Qué heridas en tu propia vida necesitan ser tratadas con la verdad?

Tú llevas vino que limpia.

Tienes verdad que trata las heridas.

Deja que el Espíritu de Verdad lleve Su sanidad a través de tus manos hoy.

Derrama la verdad.

Reflexión

¿Qué mentira podrías estar creyendo acerca de una herida en tu vida? ¿Que Dios la causó? ¿Que te la mereces? ¿Que a Dios le dejó de importar? ¿Quién a tu alrededor está cargando ahora mismo con una herida infectada que necesita que le hables con verdad y amor?

Oración

Padre, gracias por el vino de Tu verdad que limpia cada herida que llevo. Gracias por Tu Espíritu, Tu Palabra y mi testimonio: herramientas que me has dado para combatir las mentiras con las que el enemigo quiere infectarme. Perdóname por las veces que he creído una mentira acerca de Ti, acerca de mi dolor o acerca de mí mismo/a, en lugar de correr hacia lo que es verdadero. Muéstrame las mentiras que todavía estoy cargando y sáname con Tu verdad, incluso cuando duela. Dame valor para hablar la verdad en amor a las personas que me rodean hoy. Gracias porque Jesús fue herido por mis heridas y porque por Sus heridas he recibido sanidad. Usa mis manos y mi historia para derramar verdad sobre la herida infectada de alguien hoy. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Antes de que termine el día, identifica una mentira que hayas creído acerca de una herida en tu vida. Luego escribe al lado la verdad de la Palabra de Dios. Deja que la Escritura tenga la última palabra.
- Lee **Juan 8:32** — "Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres."
- Lee **Juan 8:44** — Jesús llama a Satanás el padre de las mentiras. Recuerda de dónde viene realmente la infección.
- Lee **Salmo 51:6** — Dios desea la verdad "en lo íntimo", no solamente en la superficie.
- Lee **Romanos 12:2** — La renovación comienza en la mente. La verdad no solamente te informa; te transforma.
- Lee **Hebreos 4:12** — La Palabra de Dios es viva y eficaz, capaz de discernir los pensamientos y las intenciones del corazón.
- Lee ***Gana la guerra en tu mente***, de Craig Groeschel.
- Lee ***La trampa de satanás***, de John Bevere.

Viernes

PODER QUE SANA

Escritura

"Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra."
— Hechos 1:8 (NBLA)

Devocional

¿Alguna vez has renunciado a algo porque estaba tardando demasiado?

Una dieta. Aprender un idioma. Jugar Monopoly (a mi hijo de 11 años le encanta... a mí no tanto).

Cuando nos damos por vencidos, generalmente es porque decidimos que nuestro tiempo vale más que el esfuerzo requerido y que los beneficios que podríamos obtener. O empezamos a preguntarnos si realmente habrá algún beneficio al final...

¿Funcionará la dieta? ¿Realmente podré aprender el idioma? ¿Sé con certeza que algún día finalmente le ganaré a mi hijo en Monopoly? (Probablemente no.)

¿Alguna vez has renunciado a esperar a Dios por las mismas razones?

Tal vez sientes que, si esto ha durado tanto tiempo, quizá Dios simplemente quiere que las cosas sigan así.

O quizá piensas que no eres el tipo de persona a través de la cual Dios quiere mostrar Su poder.

Durante toda esta semana hemos estado hablando de lo que llevas contigo: el Espíritu de Dios, la Palabra de Dios y tu testimonio.

Dios usa estos dones para hacer lo mismo que Jesús hizo cuando caminó sobre la tierra: "Para vendar a los quebrantados de corazón, proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros" (Isaías 61:1).

Estas cosas son las vendas que envuelven, el aceite que alivia y el vino que limpia.

Lo fascinante en todo esto es que a veces, el poder se manifiesta a través de un proceso.

Jesús está contando esta historia en Lucas 10. Es decir, literalmente está creando la historia mientras la cuenta.

Podría haber dicho: "El Buen Samaritano tomó al hombre herido de la mano, lo levantó y, en ese instante, quedó completamente sano." Eso tendría sentido, ¿verdad? El Hijo de Dios podría haber contado una historia sobre el poder sobrenatural e instantáneo de Dios.

Pero, en cambio, Jesús cuenta una historia acerca de una sanidad que llegó a través de un proceso.

Necesitamos entender el contexto.

Lucas 10 comienza con Jesús enviando a 70 discípulos, de dos en dos, y estos prácticamente arrasan con el territorio del enemigo. La historia parece una película de superhéroes, donde de repente hombres comunes reciben un poder extraordinario para sanar a los enfermos (versículo 9) y expulsar demonios (versículo 17).

Regresaron llenos de emoción, después de establecer un récord impresionante en derrotar al enemigo, sintiéndose prácticamente invencibles.

Habían probado el poder instantáneo y milagroso de Dios del que sus antepasados habían hablado. Y era real.

Pero, de repente, un intérprete de la ley le pregunta a Jesús: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

Los discípulos probablemente estaban pensando: "¡Nosotros sabemos todo acerca de la vida eterna! ¡Haz lo que nosotros hacemos! ¡Te mostraremos las palabras mágicas y luego... ¡BAM!".

Entonces Jesús comienza a contar una historia sobre un hombre que muestra misericordia hacia su enemigo y que, mediante una serie de pasos lentos, intencionales y constantes, ama a este hombre de vuelta a la vida.

¿Por qué?

Porque el poder de Dios no solamente se revela en los momentos repentinos; también se revela en los procesos lentos.

¡Alabado sea Dios por las sanidades instantáneas! ¡Creemos en ellas!

Pero los discípulos realizaron esos milagros... y después se fueron.

El hombre herido de Lucas 10 experimentó una sanidad gradual que terminó dejándolo con algo que no tenía al principio: un amigo. Comenzó aislado y solo. Ahora estaba en una posada, con refugio y comunidad.

Creo que Jesús estaba enseñando algo acerca del poder.

El poder de Dios no siempre es espectacular, pero siempre está obrando. Tal vez no puedas verlo.

Pero no pienses ni por un segundo que porque no lo ves, no está siendo eficaz.

Las dietas a veces no funcionan. Tal vez simplemente no tienes facilidad para aprender un idioma. Y probablemente mi hijo de 11 años me gane en Monopoly todas las veces.

Pero el amor de Dios nunca falla.

Y Su poder llega sobre las alas de Su amor.

En al menos cuatro ocasiones en las que Jesús realizó milagros, la Biblia dice que fue movido con compasión por las personas que sufrían antes de sanarlas.

Entonces, ¿quieres ver más poder fluyendo a través de ti?

Intenta dejar que más amor fluya a través de ti.

¿No es ese precisamente el punto de Lucas 10?

Donde fluye Su amor, encontrarás poder. Siempre.

Puede ser instantáneo. Puede ser gradual.

Pero hay algo seguro: Nunca fallará.

Ese es el poder que está detrás del aceite y del vino.

Y es el poder que tú llevas contigo.

Así que no preguntes a quién te está pidiendo Dios que sanes hoy.

Pregunta a quién te está pidiendo que ames.

Y el poder seguirá.

Cada vez.

Reflexión

¿En qué área has dejado de esperar que Dios se mueva, no porque Él haya fallado, sino porque tardó más de lo que esperabas? ¿Y a quién te está pidiendo Dios que ames hoy —no que arregles, no que sanes, simplemente que ames— confiando en que el poder le seguirá?

Oración

Padre, gracias por el poder que nunca falla, ya sea que se manifieste en un momento o a lo largo de toda una vida. Perdóname por las veces que, en silencio, he dejado de esperar en Ti porque las cosas tardaron más de lo que esperaba. Enséñame a buscar primero el amor y a confiar en que el poder seguirá. Usa mi presencia, Tu Palabra y mi testimonio para llevar Tu poder a alguien hoy, de la manera que Tú decidas manifestarlo. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Lee **Filipenses 1:6** — "El que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará." La gradualidad sigue estando garantizada.
- Lee **Zacarías 4:6** — "No por poder ni por fuerza, sino por Mi Espíritu." El poder nunca tuvo que ver con tu fuerza ni con tu propio calendario.
- Lee **Marcos 1:41; Mateo 20:34; Lucas 7:13; Mateo 14:14** — Cuatro ocasiones en las que la compasión precede directamente a un milagro de sanidad.
- Lee ***Fe siempre creciente*** de Smith Wigglesworth.

Sábado

CUANDO SE ACABA EL PODER

Escritura

"Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas; correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán."
— Isaías 40:31 (NBLA)

Devocional

Si pudieras escoger a dos atletas de toda la historia para enfrentarse, ¿a quién elegirías?

Para todos los que no escogieron MJ contra LeBron... les daremos otra oportunidad.

¿Puedes imaginar el nivel absurdo de talento que habría en la cancha si los Bulls de 1996 de MJ se enfrentaran a los Heat de 2013 de LeBron? ¡Por supuesto que MJ ganaría!, pero, en realidad, todos los aficionados que estuvieran viendo el partido serían los verdaderos ganadores.

Sin importar quién ganara ese partido, hay un oponente que ni MJ, ni LeBron, ni ningún otro atleta podrá derrotar jamás...

El tiempo.

Llega un momento para todo atleta en el que su rendimiento simplemente ya no es el mismo.

El talento sigue ahí, eso es seguro.Pero la fuerza necesaria para expresar ese talento ha disminuido.

Esa es la experiencia humana.

Hemos llegado al final de una semana en la que hemos hablado del aceite, el vino y el poder que llevas como cristiano lleno del Espíritu de Dios y equipado con Su Palabra.

Perdona la comparación un poco exagerada con el deporte, pero si lo que llevas espiritualmente pudiera medirse como talento atlético, ¡clavarias la pelota sobre MJ y LeBron todo el día!

Esa es **"**la incomparable grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos" (Efesios 1:19).

Sin embargo, debemos tener cuidado de no cansarnos de hacer el bien, como nos advierte Gálatas 6:9.

En esencia, nuestra fuerza necesita ser renovada continuamente para que podamos llevar el poder y el amor de Dios a las personas que nos rodean.

Ahí es donde somos diferentes de MJ y LeBron (además de la estatura, por supuesto).

Dios no solamente nos ha dado "toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Efesios 1:3) para realizar cada buena obra que Él preparó para nosotros. También nos ha extendido una invitación abierta para venir a Él y renovar nuestras fuerzas.

Jesús dice que somos como ramas que necesitan la fuerza vivificante de la vid para producir el fruto que la rama es capaz de dar. Puedes ser la rama más bonita y productiva de todo el árbol, pero separado del Señor no puedes hacer nada (Juan 15:5).

Para demostrar este punto, justo después de que Jesús termina la historia del Buen Samaritano, quien derramó todo lo que tenía para servir al hombre herido, Jesús lleva a Sus discípulos a la casa de María y Marta.

Allí, Jesús corrige a Marta con amor mientras ella está sirviendo.

Claramente, Jesús acababa de elogiar al Samaritano que sirvió desinteresadamente, así que Él no está en contra de servir.

Corrigió a Marta porque no era momento de servir; era momento de sentarse.

Cuando no reconocemos nuestros límites y no apartamos tiempo para sentarnos, comenzamos a vivir de nuestras propias fuerzas y no de las de Dios.

Nos convertimos en el salvador.

Seguimos intentando dar de la misma fuente, pero ahora ese flujo está contaminado por el orgullo, y eso puede terminar haciendo daño precisamente a las personas que estamos tratando de ayudar.

Jesús reconocía con frecuencia cuándo necesitaba sentarse.

A veces era en una barca, en medio de una tormenta (Marcos 4:38; Mateo 8:24).

A veces era en una montaña (Marcos 6:45-46; Mateo 14:23; Lucas 6:12).

A veces era simplemente en un lugar apartado (Mateo 14:13; Lucas 4:42; Marcos 1:35).

En cada caso, Jesús se alejaba de las muchas necesidades que lo rodeaban para ir a sentarse con Su Padre.

¿Por qué?

Porque como hombre, Jesús sabía que necesitaba poder para llevar el poder.

Necesitaba Su fuerza para servir.

Jesús conocía Isaías 40:31:

> "Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas; correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán."

Así que no vivas como MJ con los Wizards o como LeBron con los 76ers (probablemente).

Permanece en tu mejor momento permaneciendo alineado.

Mantente conectado a tu fuente de fortaleza.

Niégate a dar desde tus propias fuerzas.

Ve, siéntate y vuelve a llenarte de Su fuerza.

¿Qué tiempo proteges en tu semana para guardar un día de reposo con Él?

¿Cómo refleja tu vida tu dependencia de Su fuerza?

Amigo mío, tienes muchísimo para dar**.**

Hazlo con Su fuerza.

Siéntate. Sirve. Y después, vuelve a sentarte.

Después de todo...

Él es el Más Grande de Todos los Tiempos.

Reflexión

¿En qué área has estado sirviendo desde tus propias fuerzas en lugar de hacerlo desde las de Dios? ¿Y cómo sería para ti, esta semana, apartar intencionalmente un tiempo para sentarte con Dios, protegiéndolo en tu calendario de la misma manera que protegerías cualquier otro compromiso?

Oración

Padre, gracias por la fuerza que nunca se agota, incluso cuando la mía sí lo hace. Perdóname por las veces que he seguido sirviendo con el tanque vacío en lugar de detenerme para sentarme contigo. Enséñame a permanecer en Ti antes de actuar, para que aquello que doy provenga de Ti y no de mi orgullo o de mi agotamiento. Ayúdame a proteger un tiempo real esta semana para descansar en Tu presencia. En el nombre de Jesús, amén.

Profundiza

- Antes de que termine el día, aparta en tu calendario un tiempo esta semana para sentarte con Dios —no para pedirle algo, sino simplemente para estar con Él— y protégelo como protegerías cualquier otra cita.
- Lee **Mateo 11:28-30** — "Vengan a Mí todos los que están cansados y cargados, y Yo les daré descanso." Esta es la invitación que está detrás de todo el devocional.
- Lee **Marcos 6:31** — En medio del ministerio, Jesús les dice a Sus propios discípulos: "Vengan ustedes solos a un lugar apartado y descansen un poco." Incluso ellos necesitaban que se lo recordaran.
- Lee **Salmo 23:2-3** — "Junto a aguas de reposo me conduce... Él

restaura mi alma." El descanso no es opcional; es parte del cuidado del Pastor.

- Lee **Éxodo 20:8-11** — El día de reposo como mandamiento, no como sugerencia.
- Lee ***Elimina la prisa de tu vida*** de John Mark Comer.

Domingo

NOTAS DEL SERMÓN

Semana 4:

LA POSADA - CONSTRUYENDO UNA CASA QUE SANA

Lunes	¿Qué Puede Ser Mejor Que la Casa de la Abuela?	67
Martes	Trae a Alguien	69
Miércoles	Un Poco de Cariño y Cuidado	72
Jueves	Nunca Llegues con las Manos Vacías	76
Viernes	Mi casa es su casa	79
Sábado	Sé la Iglesia	83

Lunes

¿QUÉ PUEDE SER MEJOR QUE LA CASA DE LA ABUELA?

Escritura

"Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios se los dio al mesonero, y dijo: "Cuídelo, y todo lo demás que gaste, cuando yo regrese se lo pagaré."

— Lucas 10:33-35

Devocional

En la historia del buen samaritano, después de que el samaritano vio al hombre herido, fue movido a actuar: vendó sus heridas; luego utilizó las herramientas que llevaba consigo y derramó aceite y vino sobre las heridas del hombre. Una vez que hizo todo lo que podía hacer por sí mismo, llevó al hombre herido a una posada, le dio al posadero suficiente dinero para cubrir sus necesidades y le indicó que lo cuidara, prometiendo pagarle cualquier gasto adicional cuando regresara (Lucas 10:33-35). En esta parábola, el samaritano representa a alguien que ama a su prójimo como a sí mismo—uno de los mandamientos que Jesús dijo que era esencial para heredar la vida eterna (Lucas 10:25-28)—y la posada representa a la iglesia. Después de ver al herido, ser movidos a actuar y utilizar las herramientas espirituales que llevamos con nosotros (el aceite y el vino), el último paso para ser un buen prójimo es, entonces, llevar al herido a la iglesia.

En lugar de pensar en nuestra iglesia simplemente como un edificio, o incluso como un campus, puede ser útil pensar en ella como una casa—y no cualquier casa, sino la casa de Dios. Cuando piensas en los mejores recuerdos que has vivido en la casa de alguien—tal vez en la casa de tu abuela, de tus padres o incluso en la casa de un amigo de la infancia—lo que generalmente sobresale no es la estructura de la casa en sí, sino la sensación de ser siempre bienvenido, amado y cuidado por las personas que están allí. Para algunos, ir a la casa de la abuela no requiere invitación:

la puerta siempre está abierta; la casa es acogedora y cómoda; hay abrazos cálidos y comida reconfortante esperándote. La abuela te presta un oído atento y te habla palabras de amor y ánimo, pero también está dispuesta a luchar por ti y acercarse al trono de la gracia con valentía para interceder por ti; y, por supuesto, siempre hay un postre preparado. Cuando piensas en lo amado que te sentirías allí y en cuántos buenos regalos recibirías en una casa así, considera cuánto más nuestro Padre celestial dará cosas buenas a quienes se las pidan (Mateo 7:11).

La casa de Dios es mucho mejor que la casa de la abuela, y Su casa no está limitada a aquellos que ya tienen una relación cercana con Él: todos, incluso los completos desconocidos, son bienvenidos y recibidos de la misma manera. Si de repente te quedaras sin gasolina o tuvieras problemas con el automóvil y tuvieras que elegir entre tocar la puerta de la casa de un desconocido o tocar la puerta de la casa de tu abuela para pedir ayuda, la elección sería fácil. ¿Cuánto más fácil debería ser para alguien acudir a la casa de Dios cuando necesita ayuda?

La iglesia es la casa de Dios: vamos a Su casa para entrar en Su presencia, tener comunión con Él y cenar con Él (Apocalipsis 3:20, RVR1960). La palabra "cenar" simplemente significa comer; se refiere a disfrutar de una comida. Cenamos sin prisa, saboreando cada bocado. Cenar no es apresurarse, sino disfrutar. Imagina que vas a la casa de tu abuela, pero mantienes un pie fuera de la puerta y dejas puesta tu chaqueta—ella insistiría en que entraras, te quitaras el abrigo y te quedaras un rato para que pudieras disfrutar de tu tiempo con ella. ¿Cuánto más desea nuestro Padre celestial eso de nosotros? Él quiere que cenemos con Él, que nos quedemos un rato, que saboreemos nuestro tiempo juntos, incluso que permanezcamos allí.

Cosas maravillosas suceden en la casa de Dios: es un lugar donde nos reunimos con otros creyentes para ser alimentados, restaurados y sostenidos. Nos reunimos como cuerpo para estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, animándonos mutuamente en la fe (Hebreos 10:24-25). No debemos dejar de congregarnos porque donde dos o tres se han reunido, sucede algo milagroso: Dios mismo está en medio de nosotros (Mateo 18:20).

Si Jesucristo descendiera repentinamente sobre una nube y apareciera físicamente en medio de nuestro santuario un domingo por la mañana, no puedo imaginar que alguien tuviera prisa por salir temprano del servicio simplemente para evitar el tráfico de la hora del almuerzo. Sin embargo, la Palabra de Dios, que es infalible, dice que Él está en medio de nosotros cuando nos reunimos como iglesia—de hecho, Él está allí mismo, en medio de nuestro santuario, con nosotros cada domingo. Dios anhela acercarse

a ti, pero nunca te obligará a quedarte con Él: primero debes elegir acercarte a Él para que Él se acerque a ti (Santiago 4:8). Ven a Su casa, quítate el abrigo y planea quedarte un rato. No apresures tu tiempo en la casa de Dios cuando puedes disfrutar cada momento y permanecer en la presencia del Señor.

Reflexión

¿Qué sacrificios tendrías que hacer para realmente saborear y disfrutar tu tiempo en la casa de Dios?

Oración

Padre, gracias por estar en medio de nosotros dondequiera que dos o tres de nosotros nos reunamos. Ayúdame a saborear cada momento de nuestro tiempo juntos, a crucificar toda distracción y toda atracción del mundo para poder permanecer en Tu presencia. Recuérdame qué honor es habitar en Tu casa y qué regalo es ser restaurado y sostenido en Tu presencia. Convénceme de tener el deseo de amar a mis prójimos como Tú me has mandado hacerlo. Permite que nuestra iglesia sea un lugar que te honre y te dé gloria. En el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- Lee Lucas 10:25-27.
- Muchos de nosotros podemos decir con confianza que amamos al Señor, pero ¿qué hay de nuestros prójimos? ¿Amas a tus prójimos como a ti mismo? Mira a tu alrededor a las personas que te rodean en la iglesia: ¿las conoces y las amas? Toma la decisión de conocer mejor a tus prójimos en la iglesia y demostrarles amor, tal como Dios nos manda hacerlo.

Martes

TRAE A ALGUIEN

Escritura

"Y unos hombres trajeron en una camilla a un hombre que estaba paralítico; y trataban de meterlo y ponerlo delante de Jesús. No hallando cómo introducirlo debido a la multitud, subieron a la azotea y lo bajaron con la

camilla a través del techo, poniéndolo en medio, delante de Jesús. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo: «Hombre, tus pecados te son perdonados».”
— Lucas 5:18-20 (NBLA)

Devocional

Es una señal de madurez cuando aprendemos a compartir: pasar de simplemente disfrutar de los buenos regalos a querer compartir esos buenos regalos para que otros también puedan disfrutarlos. Cuando eras muy pequeño, si tienes buenos recuerdos de ir a la casa de la abuela, probablemente eras quien únicamente recibía y disfrutaba de las experiencias especiales con ella. Pero a medida que creciste y comenzaste a madurar, quizá pensaste en llevar contigo a un amigo para que él también pudiera disfrutar de una tarde divertida en la casa de tu abuela. En ese momento, tu amigo se convirtió en beneficiario de la generosidad tanto tuya como de tu abuela; después de todo, nunca habría podido llegar a su casa si tú no lo hubieras invitado. Aunque la casa de Dios es mucho mejor que la casa de la abuela, hay algo que ambas tienen en común: la mayoría de las personas no se presentarían en ninguno de esos lugares a menos que fueran invitadas.

En 1987, el libro de Roy Oswald, *The Inviting Church*, reveló que el 86 % de las personas que asistían activamente a una iglesia relacionaban su primera visita con una invitación personal de alguien que conocían. Aunque han pasado casi 40 años desde aquella publicación, la estadística se ha mantenido en gran medida sin cambios: la mayoría de las investigaciones sobre evangelismo continúan informando que entre el 80 y el 90 % de los asistentes a una iglesia comenzaron a asistir debido a una invitación personal. Piensa en eso por un momento: ¡la gran mayoría de las personas que están en la casa de Dios están allí porque alguien tuvo el valor suficiente para invitarlas personalmente! Armados con este conocimiento—**que tu invitación tiene el poder de llevar a alguien a la casa de Dios**—¿por qué no usarías ese poder todos los días? Aunque estas estadísticas deberían fortalecernos y animarnos, el libro de Thom Rainer de 2008, *Desconectados de la Iglesia*, reveló sorprendentemente que solo el 2 % de los miembros de una iglesia invitan a una persona que no asiste a una iglesia durante un año determinado. **Una congregación que no está trayendo personas que no asisten a la iglesia es una iglesia que está dejando de cumplir con su misión.**

El buen samaritano es una parábola acerca de quienes están fuera de la iglesia: Jesús nos ordena amarlos como nos amamos a nosotros mismos, es decir, amarlos como Él los ama. *Las personas que no están conectadas con la iglesia son los heridos de este mundo: desconectados del cuerpo*

de Cristo (1 Corintios 12:12-27), están viviendo fuera de la voluntad de Dios (1 Corintios 12:18). El buen prójimo primero atiende personalmente las heridas de quien está fuera de la iglesia: lo ve, siente compasión por él, se acerca, derrama aceite y vino sobre sus heridas y las venda (Lucas 10:33-34). Pero la historia no termina con el samaritano haciendo todo por sí mismo. Después de ministrar personalmente las heridas del hombre, lo lleva a una posada donde puede recibir cuidado y continuar sanando (Lucas 10:34). La posada representa a la iglesia, un lugar donde cuidamos de los heridos. La iglesia es un lugar de consuelo, sanidad y restauración; un lugar donde abunda el amor de Jesús mientras permanecemos en Él y seguimos Su dirección. **La iglesia no es simplemente un lugar al que vamos—es un lugar al que llevamos a otros.** Jesús mismo dijo: "Porque les he dado ejemplo, para que como Yo les he hecho, también ustedes lo hagan" (Juan 13:15). Para hacer lo que Él hace, debemos amar como Él ama. Así como Jesús siempre buscará a la oveja perdida, nosotros también debemos hacerlo (Lucas 15:4-7).

El Señor volvió a enfatizar nuestra misión en el relato de los cuatro amigos que llevaron a un hombre paralítico para ponerlo delante de Jesús (Lucas 5:18-20). **Aquellos cuatro amigos entendieron la misión: llevar a los heridos a la casa donde las personas se estaban reuniendo para encontrarse con el Señor.** Tan convencidos estaban de su misión que no permitieron que la multitud que bloqueaba su camino hacia la casa los detuviera. Finalmente, quitaron parte del techo para bajar a su amigo herido y colocarlo directamente a los pies de Jesús. Lo que resulta especialmente notable en este relato es que Jesús identifica la fe de los cuatro amigos como parte fundamental de lo que ocurrió con el hombre paralítico: al ver la fe de **ellos**, el hombre fue sanado (Lucas 5:20). **¿A qué amigos estás ayudando con tu fe?** Como seguidores de Cristo, estamos llamados no solamente a alcanzar a las personas, sino también a llevarlas a un lugar donde puedan ser restauradas y sostenidas.

La historia del buen samaritano revela tu misión. El testimonio de los cuatro amigos revela el poder de tu fe. Las investigaciones sobre evangelismo que revelan el poder de tu invitación son confirmadas por la Palabra de Dios, que dice que la vida y la muerte están en poder de la lengua (Proverbios 18:21) y nos enseña a llamar las cosas que no son como si fueran (Romanos 4:17). Saber que tu invitación tiene poder ha activado una misión en ti: es hora de comenzar a llevar personas a la iglesia.

Reflexión

Sabiendo que mi invitación personal tiene el poder de llevar a alguien a la iglesia, ¿qué me está impidiendo invitar a alguien todos los días?

Oración

Padre, en el nombre de Jesús, te pido ojos para ver a las ovejas perdidas dondequiera que vaya y valentía para extender una invitación personal a todos los que la necesiten. Ya sea un amigo o un familiar que conozco bien, la persona que atiende el mostrador del gimnasio y veo todos los días, el cajero de la tienda de comestibles que veo ocasionalmente, o una mesera en un restaurante con quien me encuentro por primera vez, te pido que impulses mi espíritu cada vez que me encuentre con una oveja perdida. Dame la convicción para actuar sin ninguna vacilación, Señor. ¡Soy un embajador de Cristo! Ayúdame a caminar en amor y obediencia, en el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- La única oportunidad que tenemos para dar testimonio a nuestros amigos y familiares es durante el tiempo que tenemos aquí en la tierra. Pregúntate: **¿Estoy aprovechando al máximo el tiempo que Dios me ha dado para llevar personas a Jesús?**
- Mientras meditas en las siguientes descripciones del tormento eterno del infierno, pídele al Señor que te conceda una mayor convicción para hablarle a las personas acerca de Jesús e invitarlas a la iglesia: **Lucas 16:23-24, Mateo 8:12, Mateo 13:42, Mateo 22:13, Mateo 10:28, Mateo 5:22, Mateo 5:29-30, Marcos 9:43, Marcos 9:48, Apocalipsis 20:10, Apocalipsis 20:14-15**

Miércoles

UN POCO DE CARIÑO Y CUIDADO

Escritura

"Consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, 25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al ver que el día se acerca."
— Hebreos 10:24-25 (NBLA)

Devocional

Si piensas en la casa de la abuela como un lugar donde te esperan abrazos cálidos y comida reconfortante, es posible que sientas el deseo de ir allí cuando necesitas un poco de cariño y cuidado especial (*TLC: tender loving care*). Pero ¿qué pasaría si necesitaras algo más que consuelo y abrazos? ¿Adónde irías si realmente necesitaras un milagro?

Si nuestra iglesia anunciara hoy que alguien había descubierto la cura para el cáncer y que esta era gratuita, ilimitada, disponible y esperando a cualquier persona que la quisiera en un hospital de investigación ubicado aquí mismo en Jackson, ¿con quién compartirías primero esta información? La pregunta no es si la compartirías, porque, por supuesto, ninguna persona razonable dudaría en compartir información que potencialmente pudiera salvar la vida de alguien. Probablemente primero compartirías esta información con las personas que conoces personalmente, como seres queridos y amigos que podrían beneficiarse del tratamiento. Pero también imagino que se lo mencionarías libremente a cualquier persona con la que te encontraras que revelara que está luchando contra el cáncer y necesita sanidad. Sería una decisión obvia compartir las buenas noticias sobre la cura incluso con completos desconocidos. En el momento en que supieras de su enfermedad, probablemente ni siquiera permitirías que los nervios, la incomodidad o la ansiedad te detuvieran. Cuando la vida de alguien dependiera de esa información, ¡sería fácil compartir una noticia tan buena!

Sin embargo, la Palabra de Dios nos enseña que sí tenemos un Sanador: Su nombre es Jehová-Rapha, y Él es el Señor que nos sana (Éxodo 15:26). El deseo de Dios de sanarnos es tan grande que envió a Su único Hijo para llevar nuestras enfermedades y cargar nuestros dolores (Isaías 53:4), para que nosotros no tuviéramos que cargarlos nuevamente. Jesús fue herido, quebrantado y castigado por nuestros pecados, para que por Sus llagas pudiéramos ser sanados (Isaías 53:5). La sanidad está disponible para nosotros, y Jesús nos enseñó repetidamente que viene por medio de la fe (Marcos 5:35; Lucas 5:20; Mateo 8:10, 13). Entonces, si alguien necesita sanidad, ¿cómo puede desarrollar su fe? La Escritura nos dice que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Por lo tanto, uno de los mejores lugares a donde podemos acudir para recibir la sanidad milagrosa de Dios—especialmente para los incrédulos o incluso para los nuevos creyentes que quizá todavía no tienen el hábito de escuchar la Palabra y fortalecer constantemente su fe—es la iglesia, donde la Palabra de Dios se habla, se enseña y se ora regularmente. Cuando las personas vienen a nuestra iglesia y escuchan la Palabra de Dios, la fe viene. Y debido a que la fe que sana es gratuita, ilimitada, disponible y esperando

a cualquiera que la quiera, *¡debemos llevar personas a la iglesia como si sus vidas dependieran de ello*!

La Palabra de Dios promete que donde dos o tres se reúnen en el nombre de Jesús, Él está allí mismo en medio de nosotros. Además, si dos de nosotros nos ponemos de acuerdo en la tierra acerca de *cualquier cosa* que pidamos, *será hecho por nuestro Padre que está en los cielos* (Mateo 18:19-20). ¡Qué promesa! No es de extrañar que Dios nos diga que no dejemos de congregarnos (Hebreos 10:25). Lo que el cuerpo puede lograr cuando se reúne como comunidad es mucho más poderoso que lo que cualquier miembro individual del cuerpo puede hacer por sí solo. Cuando entregamos nuestra vida a Cristo, nos convertimos en un solo cuerpo, siendo individualmente miembros los unos de los otros (Romanos 12:5). La traducción NVI explica que cada miembro pertenece a todos los demás. Cuando pertenecemos unos a otros, llevamos las cargas de los demás y así cumplimos la ley de Cristo (Gálatas 6:2). Nos ayudamos mutuamente a crecer y fortalecernos (Proverbios 27:17), nos enseñamos unos a otros y tenemos comunión juntos (Hechos 2:42), nos servimos unos a otros (1 Pedro 4:10), cantamos juntos (Colosenses 3:16) y vamos juntos a la casa del Señor (Salmo 122:1).

La iglesia es un lugar de sanidad y restauración, un lugar donde las personas vienen para recibir un poco de cariño y cuidado, donde Dios sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas (Salmo 147:3). También es un lugar donde los creyentes son sostenidos, donde se habla y se enseña la verdad de la Palabra de Dios y donde la fe viene por el oír. Venimos a la casa de Dios para comer y ser llenos—no con cualquier alimento, sino con el alimento que permanece para vida eterna (Juan 6:27); con el pan de Dios que desciende del cielo y da vida al mundo (Juan 6:33); con el pan que asegura que nunca más tendremos hambre y con el agua que asegura que nunca más tendremos sed (Juan 6:35; 4:14). En la casa de Dios, nos damos un festín con la Palabra. Como declaró el profeta Jeremías: "Fueron halladas Tus palabras, y yo las comí; y Tu palabra fue para mí el gozo y la alegría de mi corazón" (Jeremías 15:16). Dios alimentó a Su pueblo con maná para hacerles entender que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor (Deuteronomio 8:3; Mateo 4:4). Los nuevos creyentes prueban la bondad del Señor y crecen por medio de la leche pura de la Palabra (1 Pedro 2:2-3), mientras que el alimento sólido, o la carne, es para los creyentes maduros (Hebreos 5:14, NASB). El amor de Cristo desea que seamos llenos hasta toda la plenitud de Dios (Efesios 3:19). Venimos a la iglesia vacíos para ser llenos, y la leche y la carne de la Palabra nos sostienen durante toda la semana. Esta es una imagen de la iglesia: un lugar al que venimos para ser sanados, restaurados, sostenidos y llenos, un lugar donde Dios establece Su nombre y nos da vino nuevo y aceite fresco (Deuteronomio 14:23). Con todo lo que la iglesia

tiene para ofrecer, debemos buscar activamente oportunidades para compartirlo con otros. Para vivir como Jesús, debemos ser quienes salgan por los caminos y por los caminos secundarios; debemos ser quienes interrumpan nuestros horarios para atender las necesidades de otra persona. Somos llamados a ir, a ver, a detenernos y a traer personas a este espacio donde pueden ser restauradas. Cuando entendemos todo lo que el cuerpo tiene para ofrecer, somos impulsados a invitar a las personas a formar parte de él. Así como una cura milagrosa sería una información que no podríamos guardar para nosotros mismos, el Dios que hace milagros y que está a la cabeza de nuestra iglesia es un regalo que no deberíamos guardar solo para nosotros. Tener una mentalidad enfocada en el Reino significa llevar a otros para que sean restaurados y sostenidos, dando a los demás de la misma manera que Dios nos ha dado libremente a nosotros. Como nos dice la Palabra: "Den, y les será dado; medida buena, apretada, remecida y rebosante, vaciarán en sus regazos. Porque con la medida con que midan, se les volverá a medir" (Lucas 6:38, NBLA).

Reflexión

¿Pensar en la iglesia como un lugar de sanidad y restauración, en lugar de verla simplemente como un edificio al que vas cada semana para cantar y escuchar un sermón, despierta en tu corazón el deseo de invitar a más personas?

Oración

Padre Dios, en el nombre de Jesús, te pido que me des un corazón enfocado en el Reino. Ayúdame a ver a los heridos y a los perdidos como Tú los ves y a ser movido con compasión para llevarlos a la iglesia para recibir sanidad y restauración. Ayúdame a dar de la misma manera en que me fue dado a mí, y a traer a otros al cuerpo de Cristo, así como Tú me trajiste a mí, Señor. Oro por todo esto en el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- Estudia **Hechos 2:37-47**. La descripción de la iglesia de Hechos concluye revelando que el Señor añadía día tras día a su número a aquellos que estaban siendo salvos (Hechos 2:47). ¡Qué maravilloso! Medita en la descripción detallada de la iglesia primitiva y reflexiona sobre cómo Dios quiso que funcionara el cuerpo de Cristo**.** ¿Qué puedes hacer para ayudar a que nuestro cuerpo llegue a parecerse más a la iglesia descrita en Hechos?

Jueves

NUNCA LLEGUES CON LAS MANOS VACÍAS

Escritura

"Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, expulsen demonios; de gracia recibieron, den de gracia."
— Mateo 10:8 (NBLA)

Devocional

Una de las lecciones que mi madre me inculcó desde pequeño fue que nunca debía llegar a la casa de alguien con las manos vacías. El primer recuerdo que tengo de poner en práctica esa enseñanza fue cuando íbamos a la casa de la abuela. Mi madre entendía algo que yo todavía no había aprendido de niño: detrás de toda la magia que sentía en la casa de la abuela había una mujer que trabajaba arduamente para hacer especial cada visita. La abuela dedicaba tiempo a planear un menú con nuestras comidas favoritas, hacía las compras y conseguía los ingredientes, preparaba la comida y hacía el postre. A menudo nos compraba pequeños regalos, cosas que sabía que mis hermanos y yo disfrutaríamos y que seguirían siendo una alegría para nosotros mucho después de haber salido de su casa. Se sentaba con nosotros durante horas, poniéndose al día con las noticias de la familia, contando historias y enterándose de los últimos acontecimientos en la vida de cada uno de nosotros. Ella dedicaba su día a nosotros—su tiempo, su corazón y sus recursos—y eso nos bendecía a todos. Considerando todo el esfuerzo que implica recibir invitados, ya fuera mi abuela o cualquier otra persona, lo mínimo que podíamos hacer era llevar algo. Ya fuera un plato para contribuir a la comida, flores o un regalo para la abuela, siempre llevábamos algo para expresar nuestra gratitud y reconocer y honrar todo el esfuerzo que ella había puesto en recibirnos en su hogar. "No vamos a simplemente presentarnos y recibir", decía mi madre. No fue hasta que llegué a la adultez que descubrí el principio bíblico detrás de la enseñanza de mi madre: la Escritura nos enseña que, así como hemos recibido gratuitamente, debemos dar gratuitamente (Mateo 10:8). Cuando recibimos una bendición en la casa de alguien, también somos llamados a dar una bendición.

El mismo principio se aplica a la casa de Dios: cuando vas a la iglesia, recibes y eres bendecido. Recibes el mensaje, la enseñanza, una palabra y, en ocasiones, convicción, corrección o revelación. Eres bendecido por la presencia de Dios que se manifiesta donde dos o más están reunidos en Su nombre (Mateo 18:20); por la adoración; por la comunión dentro de una comunidad de creyentes; por el poder de dos o más que están de acuerdo (Mateo 18:19); por la fe que viene al escuchar la Palabra de Dios (Romanos 10:17); y por la oportunidad de servir. Detrás de todo lo que te bendice en la iglesia hay servidores que han sido ungidos y llamados por Dios para dar su tiempo, su corazón y sus recursos con el fin de hacer que todo esto sea posible, porque toda casa es edificada por alguien, pero el constructor de todas las cosas es Dios (Hebreos 3:4). Así que, de la misma manera que recibes gratuitamente en la iglesia, debes dar gratuitamente (Mateo 10:8).

La iglesia primitiva establece el estándar que la mayoría de las iglesias aspiran alcanzar, y una de sus características distintivas es que la iglesia de Hechos era innegablemente generosa. Los creyentes tenían todas las cosas en común, vendían sus propiedades y posesiones y las compartían con todos los que tenían necesidad (Hechos 2:44-45). La Escritura nos dice que una de las razones por las que Dios nos bendice en primer lugar es para que podamos usar nuestras bendiciones para servir al Reino. En el capítulo de 1 Pedro acerca de vivir para Dios, Él instruye que cada uno debe usar el don que ha recibido para servir a los demás, como fieles administradores de la gracia de Dios (1 Pedro 4:10, NIV). También enseña este concepto nuevamente por medio de la carta de Pablo a la iglesia de Corinto, donde explica que seremos enriquecidos en todo sentido para que podamos ser generosos en toda ocasión, y que nuestra generosidad resultará en acciones de gracias a Dios (2 Corintios 9:11, NIV). Dios nos bendice para que podamos bendecir a otros: Él nos da para que podamos dar. Él se asegura de que estemos bien equipados para la obra del Reino, prometiendo suplir todas nuestras necesidades conforme a Sus riquezas en gloria (Filipenses 4:19).

En la historia del buen samaritano, cuando el samaritano llevó al hombre herido a la posada y le pidió al posadero que lo cuidara, no simplemente lo dejó allí y se desentendió de cualquier cuidado o responsabilidad adicional por el herido. Al contrario, el samaritano le dio al posadero el equivalente a dos días de salario para que cuidara del hombre e incluso prometió pagar cualquier gasto adicional en el que pudiera incurrir el posadero a favor del hombre herido (Lucas 10:35). Puesto que la posada representa a la iglesia, la parábola del buen samaritano nos enseña que nosotros, *como buenos prójimos, debemos dar a la iglesia para ayudar a cuidar de los heridos.* Para construir una casa que sana, un espacio donde llevamos lo que otros no pueden cargar por sí mismos, debemos dar a los demás de la misma manera en que Dios nos ha dado gratuitamente.

La historia detrás de las heridas de alguien no debería influir en nuestro deseo de llevar a todos los que están perdidos o heridos hacia la libertad y la sanidad. Dios no nos sana porque merezcamos ser sanados. Él nos sana porque es misericordioso, bondadoso y bueno (Salmo 103:8; 145:9). El carácter de Dios se revela en la historia del hijo pródigo. Aunque las heridas del hijo fueron causadas por sus propias decisiones, el Padre no dudó en bendecirlo. Cuando el hijo todavía estaba lejos, el Padre lo vio, sintió compasión por él, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. Rápidamente mandó traer el mejor vestido y se lo puso; colocó un anillo en su dedo y sandalias en sus pies; luego sacrificó un becerro engordado para comer y celebrar el regreso de su hijo a casa (Lucas 15:20-24). ¡Demos gracias al Señor porque el amor del Padre no está basado en nuestros méritos! Él nos da buenos regalos porque nos ama (Juan 3:16). Y nosotros amamos porque Él nos amó primero (1 Juan 4:19). Por eso usamos cualquier don que hayamos recibido para servir también a los demás (1 Pedro 4:10, NIV), considerando incluso las necesidades de otros como más importantes que las nuestras (Filipenses 2:3-4). Dios diseñó el cuerpo de tal manera que sus miembros cuidaran unos de otros (1 Corintios 12:24-25), y Jesús mismo nos animó a servir a los demás explicando que todo lo que hacemos por uno de los más pequeños de Sus hermanos, lo hacemos por Él (Mateo 25:40).

Recuerda que Jesús llamó bueno al samaritano porque fue él quien se detuvo y cuidó del herido, mientras otros se negaban a asumir responsabilidad e incluso cruzaban al otro lado de la calle para evitar cargar con aquella responsabilidad. La Escritura nos aconseja no negar el bien a quien es debido recibirlo cuando está en nuestro poder hacerlo (Proverbios 3:27), y específicamente nos dice que no descuidemos hacer el bien y compartir con otros, porque tales sacrificios agradan a Dios (Hebreos 13:16). No es una coincidencia cuando ves una necesidad: el Señor te está mostrando esa necesidad por una razón. Él te da ojos para ver porque te está asignando una tarea de intercesión—orar, servir y dar. Puedes elegir ser el sacerdote o el levita de esta parábola, viendo a los heridos y aun así desviándote de tu camino para evitar involucrarte; o puedes elegir ser aquel a quien Jesús llamó bueno.

Reflexión

Reflexiona en la Escritura que explica que Dios te enriquece para que puedas ser generoso (2 Corintios 9:11, NIV). ¿Has sido generoso con Dios, o has estado llegando a Su casa con las manos vacías, simplemente esperando recibir?

Oración

Padre, en el nombre de Jesús, te pido que me des ojos para ver las necesidades del cuerpo, oídos para escuchar cómo me has llamado a ser generoso y un corazón que comprenda las cargas de Tu Reino. Gracias por enriquecerme para que pueda ser generoso en toda ocasión. Gracias por suplir todas mis necesidades y por recordarme que debo usar los dones que he recibido para servir a los demás, para Tu Reino, Tu poder y Tu gloria. Despierta en mí la convicción de ser un buen prójimo, generoso y con un corazón de siervo. Oro por todo esto en el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- Medita en 1 Juan 4:19.
- Lee **Romanos 5:8, Gálatas 6:2 y Gálatas 5:13-14**. Nosotros amamos porque Él nos amó primero. Dios no esperó a que fuéramos buenos para amarnos: mientras todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8). Nuestro amor es una respuesta a Aquel que nos amó primero: Él nos dio Su amor y nosotros lo devolvemos, no solamente a Él, sino a todos, porque Dios ama a todo Su pueblo. Para amar a Dios, debemos amar a los demás, llevando las cargas los unos de los otros (Gálatas 6:2) y sirviéndonos mutuamente.
- Pregúntate: **¿Cuándo fue la última vez que tomaste sobre ti las cargas de otro miembro del cuerpo, ministrándole, llevándolo a la iglesia e incluso dando parte de tu salario para proveer para su cuidado?**

Viernes

MI CASA ES SU CASA

Escritura

de quien todo el cuerpo, estando bien ajustado y unido por la cohesión que las coyunturas proveen, conforme al funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor.

— Efesios 4:16 (NBLA)

Devocional

Mi casa es su casa es una frase que mi abuela usaba con frecuencia. Cuando nos sentíamos como en casa en la casa de la abuela, no nos sentábamos a esperar que nos sirvieran. Eso podría ser lo que hacen los extraños o los invitados, pero no la familia. Cuando eres parte de la familia, la frase "mi casa es su casa" es literal. Existe un sentido de pertenencia en el hogar familiar que nos impulsa a tomar nuestro lugar y hacer nuestra parte. En la casa de la abuela ayudábamos a poner la mesa, servir el té, sacar la comida, recoger los platos, guardar las sobras, lavar los platos, sacar la basura y limpiar la mesa. Todos colaborábamos, porque muchas manos hacen el trabajo más ligero (Eclesiastés 4:9).

Cuando estás en Cristo, ya no eres un extraño, sino miembro de la familia de Dios (Efesios 2:10), adoptado dentro de la familia de los creyentes (Gálatas 6:10). A menudo se describe a los miembros de la iglesia como una "familia de la iglesia", porque todos somos hermanos y hermanas en Cristo (Hebreos 2:11). Como hijo de Dios, eres Su heredero (Romanos 8:16-17), destinado a recibir todo lo que Él tiene para ti. Aquí también existe un sentido de pertenencia en la casa de Dios que nos impulsa a tomar nuestro lugar y hacer nuestra parte. En la casa de Dios, no debemos sentarnos a esperar que nos sirvan. Eso podría ser lo que hacen los extraños o los invitados, pero no la familia. La iglesia es el cuerpo de Cristo, y cada uno de nosotros tiene una parte individual que desempeñar en el cuerpo (1 Corintios 12:27). Cada parte del cuerpo está bien ajustada y unida por las demás, y cada articulación aporta lo necesario para asegurar el funcionamiento apropiado y el crecimiento del cuerpo (Efesios 4:16). En el cuerpo de Cristo, eres llamado a aportar tu contribución. Todos tenemos un lugar en el cuerpo, un lugar que Dios mismo dispuso *como Él quiso* (1 Corintios 12:18). Esto significa que, si no estás cumpliendo tu función en el cuerpo, estás viviendo fuera de la voluntad de Dios. Cada parte del cuerpo es crucial para el éxito del conjunto, así que si una parte del cuerpo está faltando, todo el cuerpo sufre (1 Corintios 12:26). Es algo hermoso ser miembro de una iglesia llena del Espíritu. Pero las Escrituras nos dicen que la manifestación del Espíritu no nos es dada únicamente para nuestro beneficio personal, sino para *el bien común* (1 Corintios 12:7). Debemos servirnos unos a otros (Gálatas 5:13), porque incluso el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir (Marcos 10:45). Para tomar tu lugar en el cuerpo, debes servir a los demás como buen administrador de la gracia de Dios (1 Pedro 4:10). En abundancia de gracia, Dios nos ha bendecido a cada uno con dones especiales, y para administrar bien esos dones debemos usarlos al servicio de Su Reino. Jesucristo mismo nos dio el ejemplo cuando el Verbo se hizo carne: en lugar de venir como un Rey, el mayor entre nosotros vino como siervo de todos (Mateo 23:11).

Los domingos por la mañana pueden verse diferentes para cada persona, pero la mayoría de las personas atraviesan el estacionamiento de la iglesia con la ayuda y dirección de *alguien* del equipo de estacionamiento, y todos son recibidos por *alguien* de nuestra familia de la iglesia al entrar por las puertas. Los letreros, pancartas y anuncios de sandwich te indicarán adónde ir porque *alguien* los colocó esa mañana. Si quieres desayunar en el café, *alguien* toma tu pedido y *alguien* más prepara la comida. Si pides una bebida especial de café, hay *alguien* que se ha capacitado como barista para preparar tu pedido. Y si prefieres servirte tú mismo del café gratuito que se ofrece en el área de registro de Kidslife, *alguien* ha preparado la estación de café para ti. Muchos de tus hijos asisten a los servicios de NextGen, ya sea Littlelife, Kidslife o Momentum Bible Study, donde *alguien* está listo para ayudarte en el área de registro; *alguien* cuida y ministra a tus hijos con verdad y amor; *alguien* les enseña la Palabra; y *alguien* se reúne con ellos en un grupo pequeño para ayudarles a aplicar y comprender esa Palabra. Si es un día festivo, quizá te detengas para tomarte fotos familiares frente a un espacio decorado para la ocasión que *alguien* ha preparado hermosamente, y quizá incluso recibas un pequeño regalo en honor al día que *alguien* ha organizado para ti. Si traes a un invitado, *alguien* lo recibirá, hará que se sienta bienvenido y les dará a ti y a tu invitado un regalo preparado por *alguien* más. Al entrar al santuario, *alguien* podría entregarte una guía del servicio o un volante con un código QR que anuncia un próximo evento. Luego *alguien* te ayudará a encontrar asientos para tu familia mientras comienza a reproducirse en la pantalla un video que *alguien* filmó y editó. Sabrás qué asientos no están disponibles porque *alguien* ha colocado tarjetas de asientos reservados en ciertas secciones. *Alguien* del equipo de adoración comenzará a dirigir, mientras *alguien* acompaña en alto, *alguien* más en soprano, *alguien* tenor y *alguien* en barítono o bajo. Habrá *alguien* tocando la guitarra principal, *alguien* la guitarra rítmica y *alguien* el bajo. Habrá *alguien* tocando el piano, *alguien* en la batería y quizá incluso *alguien* tocando el violín o la flauta ese día. Podrás unirte a la alabanza y adoración aun cuando la canción sea nueva para ti porque *alguien* está poniendo las letras en la pantalla. *Alguien* estará circulando y tomando fotografías mientras *alguien* más graba videos, ambos trabajando con *alguien* del equipo de producción para asegurarse de que podamos transmitir el servicio a todos los campus, a nuestros espectadores en línea e incluso a ti si estás fuera de la ciudad. Mucho antes de que el pastor predique el mensaje, *alguien* de un equipo de voluntarios ha impuesto las manos sobre él y ha orado por él, orando también por cada asiento del santuario y por cada miembro del cuerpo que esperaban ver. Eso significa que *alguien* ha estado orando por *ti*. Durante el sermón, *alguien* coloca las Escrituras en las pantallas para que puedas seguir la enseñanza. *Alguien* comienza a tocar el teclado cuando el pastor empieza a concluir. Si sentiste convicción y tomaste la decisión de pasar al altar para recibir oración, encontrarás a *alguien* capacitado y listo

para orar por ti y ofrecerte recursos que *alguien* más ha preparado para ayudarte a continuar creciendo. Cuando sea apropiado, te referirán a *Next, Following Jesus* o *Healing School*, clases impartidas por *alguien* de la iglesia. Si es domingo de bautismos, encontrarás que *alguien* ha preparado todo para ti, incluso un cambio de ropa si lo necesitas. Una vez que termina el servicio, *alguien* recoge todas las tarjetas de los asientos reservados; *alguien* guarda los letreros, pancartas y anuncios de sandwich; *alguien* limpia y guarda los materiales del altar, del mostrador de bienvenida y de la estación de café; *alguien* organiza nuevamente todas las habitaciones de NextGen; *alguien* limpia y cierra el café; *alguien* recoge los materiales olvidados para llevarlos a objetos perdidos; y *alguien* cierra todas las estaciones de registro.

Ninguna de estas partes de tu experiencia dominical podría suceder sin que los miembros de la iglesia tomaran su lugar en el cuerpo. Desde el equipo de estacionamiento y el equipo de primera impresión que te recibe, entrega materiales y sirve en el mostrador de bienvenida, hasta el equipo del café, los equipos de NextGen, los ujieres, el equipo de producción, el equipo de fotografía, el equipo en línea y el equipo de oración, *la iglesia solo funciona cuando los miembros del cuerpo toman su lugar*. Incluso el "café gratis" no es realmente gratis. Además del costo evidente de los suministros necesarios para prepararlo, también cuesta *el tiempo de alguien* hacerlo, reponerlo, mantener limpia el área y asegurarse de que los suministros estén disponibles. Hay un lugar para cada miembro, y ninguna tarea es demasiado pequeña. *Nosotros somos la iglesia*, cada uno de nosotros miembros del cuerpo, con Cristo como nuestra cabeza (Efesios 1:22-23). Cuando tomamos nuestro lugar, cada uno de nosotros tiene un papel en la edificación de la casa de Dios. Quizá pienses que tu contribución no es necesaria, pero si todavía no has tomado tu lugar, es como quitar una parte del cuerpo. El Señor mismo abordó esta idea equivocada en la carta de Pablo a la iglesia de Corinto, declarando que no es verdad que no necesitemos ni siquiera a uno de los miembros del cuerpo, porque cada miembro individual es necesario para el funcionamiento saludable de todo el cuerpo (1 Corintios 12:21-22). *Hay alguien que eres tú cuya contribución es vital para que el cuerpo funcione. Eres necesario para la salud y el crecimiento de la iglesia.* La Iglesia nunca fue destinada a ser un lugar al que simplemente asistimos; es un pueblo en el que nos convertimos. Permanece en la voluntad de Dios y *toma tu lugar.*

Reflexión

Si todos tienen un lugar en el cuerpo, un lugar que Dios mismo dispuso *como Él quiso* (1 Corintios 12:18), ¿le has preguntado últimamente dónde quiere Él que tomes tu lugar?

Oración

Padre, en el nombre de Jesús, te pido que me des ojos para ver las necesidades del cuerpo, oídos para escuchar el lugar que me has asignado y un corazón que comprenda el llamado a servir. Dime dónde debo servir, Señor, porque soy tu siervo dispuesto y obediente, y no quiero perderme ni una sola asignación que Tú hayas destinado para mí. Despierta en mi corazón una convicción de **tomar mi lugar** conforme a Tu voluntad y hazme tener un corazón dispuesto a servir, en el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- Lee **Gálatas 5:14**. Si amar a nuestro prójimo *cumple toda la ley*, entonces debe ser una prioridad, no una opción. Jesús nos mostró Su amor mediante el servicio y el sacrificio. Medita en esta ley y pregúntale al Señor qué debes sacrificar para servir mejor al cuerpo de Cristo.

Sábado

SÉ LA IGLESIA

Escritura

Consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al ver que el día se acerca.
— Hebreos 10:24-25 (NBLA)

Devocional

Durante la semana pasada, has visto una imagen de la casa de la abuela que quizá *no refleje tu propia experiencia*. Tal vez nunca tuviste la oportunidad de conocer a tu abuela, no pudiste visitarla con frecuencia, o quizá tus encuentros con ella simplemente no fueron como los que se describen en estos devocionales. La casa de Dios es mucho mejor que la casa de la abuela, porque donde ella tiene límites, Dios no tiene ninguno (Mateo

19:26), y Él es poderoso para hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Efesios 3:20). Mucho más importante que tu relación incluso con tu propia abuela es tu relación con el Dios vivo. Las abuelas son humanas, y hasta ellas pueden quedar por debajo de nuestras expectativas algunas veces. Pero ¿qué sucede cuando la iglesia no cumple con tus expectativas? ¿Qué debes hacer cuando te sientes decepcionado por lo que está sucediendo en la casa de Dios?

Lo primero que debes hacer es *recordar de quién es la casa* y poner guarda a tu boca y vigilar la puerta de tus labios (Salmo 141:3). La vida y la muerte están en poder de la lengua (Proverbios 18:21), así que ten cuidado de no pronunciar maldiciones sobre la casa de Dios. En la carta de Pablo a la iglesia en Éfeso, Dios nos ordena que ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca, sino solamente la que sea buena para la edificación, conforme a la necesidad del momento, para que dé gracia a los que escuchan (Efesios 4:29). Cuando reconoces una necesidad o identificas algo que hace falta en ese momento, en lugar de entregarte a palabras dañinas que pueden sembrar descontento y propagarse como veneno dentro del cuerpo, recuerda que *nosotros somos la iglesia*. Es completamente posible que Dios te haya dado ojos para ver la necesidad porque también te ha equipado para suplirla. Elegir edificar el cuerpo con un espíritu de amor en lugar de un espíritu de crítica significa asumir responsabilidad por la salud del cuerpo. Sé la iglesia que quieres ver, y toma tu lugar para ayudar a edificar el cuerpo.

Las Escrituras nos dan múltiples advertencias de no juzgar a los demás. El evangelio de Mateo nos dice que no juzguemos, para que no seamos juzgados, y nos advierte que con el juicio con que juzgamos seremos juzgados, y con la medida con que medimos se nos medirá (Mateo 7:1-2). Santiago, el hermano de Jesús, nos dice que no hablemos mal los unos de los otros, hermanos y hermanas (Santiago 4:11), y nos advierte que nuestra carne es la fuente de las contiendas y los conflictos entre nosotros, debido a nuestros deseos que combaten dentro de los miembros de nuestro cuerpo (Santiago 4:1). Santiago pregunta: "*¿Quién eres tú* para juzgar a tu prójimo?" (Santiago 4:12), y el apóstol Pablo también pregunta: "*¿Quién eres tú* para juzgar al siervo de otro?" (Romanos 14:4). Pablo nos recuerda que nosotros no somos el juez, porque para su propio señor cada siervo está en pie o cae; y estará firme, porque poderoso es el Señor para sostenerlo (Romanos 14:4). Si esperamos recibir gracia y perdón en el día del juicio, debemos extender gracia y perdón hacia los demás *hoy*: "Porque si perdonan a otros sus ofensas, su Padre celestial también los perdonará a ustedes. Pero si no perdonan a otros, entonces su Padre tampoco perdonará sus ofensas" (Mateo 6:14-15). Así que la Palabra es clara: no debemos juzgar a los demás ni llevar un espíritu de crítica al cuerpo.

Esto no significa que no haya lugar para mejorar dentro de la iglesia; todo lo contrario. Así como cualquier cuerpo saludable no simplemente se mantiene, sino que continúa edificándose, renovándose y adaptándose, la iglesia también debe crecer. Esta es una de las razones por las que el crecimiento de la iglesia es bueno: los nuevos miembros aportan nuevas fortalezas y un nuevo suministro para satisfacer necesidades nuevas y cambiantes. En la carta de Pablo a la iglesia en Corinto, Dios explica que todos tenemos diferentes dones, pero el mismo Espíritu; de manera similar, todos tenemos diferentes fortalezas que producen una variedad de efectos, pero el mismo Dios obra en todas las cosas y en todas las personas (1 Corintios 12:4-6). *Siempre hay espacio para nuevas ideas cuando son ofrecidas bajo la dirección del Espíritu Santo.* Pero es hablar la verdad en amor, y no en condenación, lo que produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor (Efesios 4:15-16). Además, las Escrituras nos dicen que no amemos solamente de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad (1 Juan 3:18). Amamos *con hechos* porque somos hacedores de la Palabra (Santiago 1:22). Si ves un área de la iglesia que necesita amor, ¿qué estás haciendo al respecto? La instrucción de Dios es muy clara: debemos estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, no abandonando nuestra propia reunión, como algunos tienen por costumbre, sino animándonos unos a otros (Hebreos 10:24-25). En lugar de dejar la iglesia —abandonando nuestra reunión, como algunos tienen por costumbre—, intenta ser la iglesia. En la carta de Pablo a la iglesia en Éfeso, Dios nos recuerda que ya no somos extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Efesios 2:19). Cristo Jesús mismo es la piedra angular (Efesios 2:20-22), y nosotros también, como piedras vivas, estamos siendo edificados como una casa espiritual para un sacerdocio santo (1 Pedro 2:5). Pablo describe al cuerpo de la iglesia como algo que está siendo unido, creciendo hasta convertirse en un templo santo en el Señor y siendo edificado juntamente como morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2:21-22). Cada una de estas frases demuestra que todos somos obras en proceso: *siendo edificados, siendo unidos, creciendo y siendo edificados juntamente*. Nada de este progreso ocurre sin gracia, y nada de este crecimiento sucede sin que cada miembro del cuerpo tome su lugar (Efesios 4:16).

El libro de Hebreos explica que "Cristo fue fiel como Hijo sobre Su casa, *cuya casa somos nosotros*" (Hebreos 3:6). Deja que eso penetre en tu corazón por un momento: nosotros somos la casa de Dios. También somos templos de Su Espíritu Santo, quien vive en nosotros (1 Corintios 3:16; 6:19). Nosotros somos la iglesia. Somos nosotros quienes oramos, quienes creemos, quienes actuamos, quienes hablamos palabras de vida y quienes vemos los ejemplos de Dios y vamos y hacemos lo mismo (Lucas 10:37). Somos nosotros quienes administramos la casa de Dios para asegurarnos de que se convierta en un lugar de restauración, donde las personas sean

cuidadas, discipuladas y traídas nuevamente a la vida; un lugar donde las personas sean sanadas, llenas y sostenidas. La iglesia no es un lugar al que asistimos; es quienes somos. Es tiempo de dejar de asistir a la iglesia como un observador que simplemente está mirando, y comenzar a ser la iglesia como una identidad en la que estás entrando, como una de las piedras vivas que están siendo edificadas para formar una casa espiritual.

Reflexión

¿Alguna vez has sentido que un espíritu de crítica viene sobre ti, tentándote a juzgar a la iglesia? ¿Cómo te ayuda a caminar en gracia y amor reconocer que *tú eres la iglesia*?

Oración

Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Mira si hay en mí algún juicio o algún espíritu de crítica, y guíame por el camino eterno (Salmo 139:23-24). Padre, en el nombre de Jesús, te pido que me recuerdes que yo soy Tu casa; mi propio cuerpo es templo de Tu Espíritu Santo. Ayúdame a poner guarda sobre mi boca y a vigilar la puerta de mis labios para que ninguna palabra dañina ni conversación corrupta salga de mi boca. Trae convicción a mi espíritu para que sea el administrador de Tu casa que Tú me creaste para ser, Señor. Ayúdame a ser la iglesia. Oro todo esto en el nombre de Jesús. Amén.

Profundiza

- Medita en **1 Corintios 13:13** y **Lucas 10:37**. Jesús concluyó la parábola del Buen Samaritano diciéndonos que *vayamos y hagamos lo mismo*. Él estaba dando el ejemplo y enseñándonos a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Para ser la iglesia que Cristo desea, debemos tener fe, esperanza y amor; pero el mayor de ellos es el amor.
- Medita en la historia del Buen Samaritano en **Lucas 10** y pídele a Dios que te revele qué necesitas hacer tú, personalmente, para ayudar a **ser la iglesia** que pone el **amor** como prioridad.

Domingo

NOTAS DEL SERMÓN



Ve & Haz
TÚ LO MISMO

WORD OF LIFE | Guia de la Serie